Ramiro Guardia Esteso

Más allá de la estética

Reflexiones sobre la poesía
de Antonio Colinas

Fundación
Conrado Blanco

Más allá de la estética

Ramiro Guardia Esteso

Más allá de la estética

Reflexiones sobre la poesía de Antonio Colinas

Fundación Conrado Blanco
La Bañeza

EJEMPLAR GRATUITO DE LA FUNDACIÓN CONRADO BLANCO

1ª EDICIÓN MAYO 2019

© De los textos: Ramiro Guardia Esteso
© De las fotografías: Raquel Suárez Romay
© Dirección y coordinación: Luisa Arias
© De esta edición:
FUNDACIÓN CONRADO BLANCO
CALLE DEL RELOJ, 6 • 24750 LA BAÑEZA (LEÓN)
www.fundacionconradoblanco.com • info@fundacionconradoblanco.com

Producción editorial:
monte riego EDICIONES
Maqueta: Rafael Cabo
Imprime: Gráficas Nino • La Bañeza
ediciones@monteriego.es
ISBN 978-84-94900266
DL LE 181-2019

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico,mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Reservados todos los derechos, incluido el derecho de venta, alquiler, préstamo o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar.

Queridos lectores:

En estas páginas os encontraréis con un estudio profundo, serio y detallado de la obra poética del bañezano más insigne del momento actual.

El autor Ramiro Guardia nos adentra en lo más hondo del significado e intención de la poesía de Colinas, vista desde una perspectiva filosófica y metafísica, "más allá de la estética" y la literatura. Nos descubre con ello, las cualidades espirituales, morales y profundamente humanizadoras o humanizantes y sanadoras de su obra.

Leedlas con detenimiento, saboreando y disfrutando cada uno de los apartados que el autor nos propone como reflexión.

Eugenio de Mata Espeso
Presidente de la Fundación

La búsqueda del centro
–PRÓLOGO–

Desde los años sesenta en que comienza a publicar hasta hoy mismo, los comentarios, reseñas, artículos, estudios, tesis y trabajos sobre la poesía y la obra creativa de Antonio Colinas no cesan de crecer y, ya a estas alturas, constituyen toda una hermenéutica no solo sobre su obra, sino también sobre la literatura española de más de medio siglo.

En los últimos años, ya con una perspectiva de visión más rica y amplia, debido al paso del tiempo, las perspectivas analíticas sobre la poesía de Antonio Colinas han ido aportando nuevos matices, en muy diversos sentidos, tanto estilísticos y formales, como temáticos y de contextualización, que nos han ayudado a entenderla de un modo más cabal.

Podríamos decir que tal hermenéutica sigue, a grandes rasgos, dos vías muy distintas, pero que terminan enriqueciéndose y complementándose: una, la de los estudios académicos y universitarios, que ha privilegiado la erudición, la cita y toda la parafernalia de tal tipo de trabajos, que, sin embargo, en no pocas ocasiones, no es la más iluminadora; mientras que el otro camino es el que se aventura más y expone más, tanto por lo analítico, como por lo interpretativo; por ello, dentro de ese modo que el propio Antonio Colinas (siguiendo una tradición que bien conoce y que pasa por los románticos y llega hasta María Zambrano, por ejemplo) ha llamado "pensamiento inspirado"; esta segunda vía es más arriesgada, pero creemos que, también, a la larga, es más fértil, por más iluminadora.

Ramiro Guardia Esteso, autor del libro *Más allá de la estética. Reflexiones sobre la poesía de Antonio Colinas*, que hoy edita la Fundación Conrado Blanco, se mueve, en su análisis de la poesía del autor bañezano, más bien por esta segunda vía. Prescinde de todo aparato crítico y erudito, pese a que, sin duda lo domina, y, a cuerpo limpio, sin red, se adentra en la obra, para plasmarnos su peculiar lectura e interpretación de la poesía de Antonio Colinas.

La propuesta de lectura e interpretación que Ramiro Guardia Esteso realiza se configura en diez grandes núcleos o campos de sugestivos y simbólicos títulos –canes, la finitud del hombre en la expresión "ave herida", infancia, esperanza, desprendimiento, alteridad, sanación, piedra, silencio, historia–, que configuran un tejido o red, para mostrarnos cómo la poesía de Antonio Colinas es –en palabras del estudioso– "una nueva forma de entender el mundo, una apertura al mundo con un lenguaje creativo" y cómo –tal como el propio título indica– es una poesía "más allá de la estética".

El autor parte de un juego: "–Si la poesía de Antonio Colinas fuera... una ciudad, un país, una religión, un paisaje, una droga, un libro de filosofía, una época histórica, lluvia, nieve, fuego, tierra, un dios, una etapa de la vida, memoria, un beso, una estación, un animal, una teoría ética...", ¿cuál de cada uno de estos elementos sería? Es un ensayo de aproximación y definición de la poesía del autor bañezano por analogías, a través del que se nos va adentrando, núcleo a núcleo, en algunas de las claves profundas de la poesía de Antonio Colinas.

Así, van desfilando ante nosotros –mediante un método de lectura interpretativa y crítica de cada uno de los poemarios del autor bañezano– la naturaleza y los animales, la búsqueda de conocimiento, la empatía, la intensidad emocional, o la sacralidad de todos los seres vivos, en el primer núcleo. En el segundo, motivos como la visión finita de la existencia humana, o la contingencia y finitud del ser humano. El juego, o la relación paterno-filial, entre otros motivos, en el tercer núcleo titulado "Infancia".

Guardia Esteso nos define la de Antonio Colinas, en el cuarto núcleo, como "una poesía de esperanza", que busca siempre "la luz interior"; la realización humana "en un proyecto abierto" (aquí, Rilke y su revelador concepto de "lo abierto"). La idea de "desprendimiento" marca el quinto núcleo, se trata de un concepto relacionado con la búsqueda humana de la esencialidad, prescindiendo de todo lo accesorio, al tiempo que es –para nuestro estudioso– "una estrategia de resolución de conflictos".

En el sexto núcleo, marcado por la "alteridad", se nos analiza en los poemas de Antonio Colinas "la concepción de las relaciones familiares" y una visión del poeta como hijo y como padre, a través de sus propios versos. Surge de aquí el arquetipo humano, aplicable y aplicado a nuestro poeta, de "hombre prudente", "hombre virtuoso" y "hombre bueno"; arquetipo que configura, en nuestra historia europea, el humanismo cristiano renacentista.

La "sanación" es otro núcleo importante. La poesía, para Antonio Colinas, es sanadora, porque arroja luz y nos permite conocer la auténtica realidad.

En este sentido, Ramiro Guardia Esteso nos indica que "la sanación se vincula al entendimiento, a la razón y al decir, a la pausa y al silencio, al diálogo y la reflexión de uno consigo mismo".

El símbolo de la "piedra", que configura en esta obra el octavo núcleo, es fundamental en la poesía de Antonio Colinas; para nuestro estudioso, el autor "la eleva a categoría ontológica como símbolo, al destacar de ella su capacidad para responder a las preguntas que siempre están ahí en la curiosidad del hombre; para permitir también abrir interrogantes sobre nuestra esencia".

Antonio Colinas ha comenzado a hablar en los últimos años sobre el "silencio". Hay toda una poética contemporánea –José Ángel Valente sería uno de sus más altos exponentes– llamada del silencio, porque, en un mundo ensordecido como el nuestro, se ha de buscar el silencio, para que la palabra poética halle en él su más honda resonancia. El silencio, sí, es para Antonio Colinas un modo de estar en el mundo, que conecta con diversas tradiciones místicas, como aquí se nos indica, al tiempo que "es una apertura al mundo".

Y concluye Ramiro Guardia Esteso con un último núcleo relativo a la "historia", otro motivo constante de reflexión en la obra de Antonio Colinas, con sus luces y sombras, con sus logros y sus fracasos, que, de algún modo, constituyen el último punto de análisis de nuestro estudioso.

Ramiro Guardia Esteno nos propone aquí, en este análisis, a partir de una lectura reflexiva e interpretativa de algunos poemas extraídos de toda la extraordinaria obra poética de Antonio Colinas, una visión de la misma –tal como apunta ya el título– *Más allá de la estética*, sirviéndose de puntos, núcleos o ejes que vinculan esta poesía con algunas de las más grandes preocupaciones humanas, pues –como indica el propio Antonio Colinas, en su última obra, *Sobre María Zambrano. Misterios encendidos,* tan importante para entender la cosmovisión de nuestro autor– como el propio autor bañezano indica, la poesía ha de ser entendida "como fenómeno anímico y de la vida en su dimensión trascendente, universalizada, libérrima."

Hacia la comprensión ese objetivo, más allá de la estética, creemos que apunta este libro, que pasa a formar parte de ese segundo sesgo que al principio apuntábamos, dentro de la ya amplísima hermenéutica sobre la poesía de Antonio Colinas, una de las más altas en el panorama español y europeo de nuestros días.

José Luis Puerto

A mis padres, José y Juana Mari, por la incondicional aspiración a ser los más sabios para su hijo.

A mi mujer, por aceptar los retos de nuestra diferencia, siempre hacia la unidad.

A mis hijos, Mar, Héctor y Hugo, por hacerme entender el significado de mi biografía, la búsqueda de la autarquía.

Introducción

Antonio Colinas es primordialmente un poeta y como tal, inaugura una nueva forma de entender el mundo, una apertura al mundo con un lenguaje creativo. Como poeta se acerca a la realidad, valiéndose de la palabra nueva que supone la magia de la intuición de ese primer verso elaborado y el trabajo constante de rendir culto al mundo a través del lenguaje no predicho. El poeta trabaja con la "palabra nueva", porque el escritor se hace poeta cuando cumple con la finalidad de decir algo hasta entonces ignorado; expresando con belleza, anhelando incesantemente la perfección, como la mar anhela redondear la roca con su constante fuerza de ida y venida de las olas. Golpeando con una musicalidad magistral las sílabas y las palabras sobre el texto, como su abuelo, siendo herrero, martilleaba con su ritmo los metales en busca de la perfección formal.

Si he elegido la obra poética de Colinas como estudio es porque en sus versos se respira por doquier la búsqueda de la belleza y del conocimiento. No puede dejar indiferente la lectura de sus poemas, porque en el sentir de sus versos arden pensamientos, con una mirada profunda e intensamente emocional. Sus versos vibran de sentimientos, vibran hundiendo sus palabras en la tierra profunda. Sus versos son un canto a la vida, expresados en imágenes, expresados en símbolos. Símbolos que quieren iluminar, más allá de la apariencia, más allá de unas primeras impresiones.

Lo que quiero subrayar es que su poesía ha sido y es susceptible de tratarse desde fuentes artísticas diversas (interpretaciones musicales a sus poemas, evocaciones de sus poemas en la pintura…); como de estudios desde perspectivas variadas (la visión sacra de su poemario, el recorrido geográfico a través de sus poemas, la naturaleza, la mística…). Pues bien, creo que también cabe "extraer" de su poesía, la filosofía que se respira, para ver qué de "eternidad" esconden sus palabras y silencios; buceando por tanto entre sus versos, a fin de hacer emerger una suerte de narrativa

filosófica de la poesía de nuestro escritor. Es decir, es una provocativa invitación también para el pensamiento: el poeta no lo elude, al contrario. Es más, estamos ante un buen poeta cuando su poesía es permeable respecto a las ideas clásicas de la Historia de la Filosofía. En Colinas tenemos un buen ejemplo.

La poesía del poeta bañezano posee una temática trasversal que circula como sangre a lo largo del extenso cuerpo de sus poemas. La unidad temática a la que me refiero, su tronco, la he denominado *humildad del ser humano*. Con tal expresión aparentemente se dice poco, pero su profundidad radia luz a otros muchos aspectos que de forma análoga le pertenecen, y que están muy presentes en la obra del autor. *Humildad del ser humano* alude a la radical temporalidad del hombre, a la ausencia de soberbia o, por ejemplo, al rechazo a toda visión antropocentrista. He querido, para dar cuenta de tales implicaciones, basarme en diez entradas: *ave herida, canes, alteridad, infancia, esperanza, desprendimiento*, *piedra, sanación, silencio e historia* que me parecen relevantes destacar en el conjunto de cientos y cientos de sus versos.

Ofrecer *luz teórica* ha sido mi intención, para que el lector, no solo pueda disfrutar de la lectura de estas páginas, sino también, hacerle ver la profundidad tan inmensa que nos encontramos cuando nos acercamos a su poesía.

¿Por qué reflexionar sobre estas diez temáticas y no otras? En primer lugar, porque estas imágenes y símbolos destacan en el conjunto de su obra, es decir, no son aspectos accidentales o superficiales, como si fueran cuestiones que aparecieran en algún poema para después no ser temáticas tratadas, o que dejaran de ser objeto de la creación y preocupación del poeta; todo lo contrario, pues las diez entradas aquí comentadas atraviesan la obra del autor. Pero esto no quiere decir que no haya más perspectivas de interpretación, o que las diez entradas sean las que completen la poesía misma de Colinas; ni mucho menos, pues estamos ante una poesía que ama el misterio "Y si vive consciente / no habrá un año en su vida / que no le tenacen los misterios / del ser y del no ser". *(Colinas: 2011, pag. 380).*

Mi finalidad es doble, por un lado reflexionar sobre el pensamiento filosófico y sanador y, por otro, animar al lector a que disfrute de su poesía a partir de las pistas interpretativas que aquí presento.

¿Qué decir de Antonio Colinas? No es este el lugar en el que quiera dedicar espacio para presentar al eminente escritor. Para satisfacer tal cometido hay muchos y buenos estudios. Sí que quiero resaltar que este escrito ha sido posible porque Antonio mantiene en sus poemas una tensión constante y preciosa con el pensamiento. Su poesía no quiere ser ajena al pensar filosófico.

Como no es mi propósito realizar una especie de presentación global y pormenorizada de la vida y obras del escritor, sí que he querido, presentar a nuestro poeta galardonado con el premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana de 2016, con un breve escrito en clave de prosa poética que podrá servir al lector de guía acerca de lo que para mí creo que significa. Esta es la finalidad del apartado: *¿qué hay en un verso de Antonio Colinas?*

No quisera terminar esta introducción sin agradecer la llave de la puerta de acceso que significó para mí el generoso gesto de invitación al seminario órbigorecreativo del I.E.S Ornia. Estoy agradecido por la atención extraordinaria que he recibido de parte de José Luis Puerto por ese mimo tan puro ante mi escrito; sin sus palabras tan cálidas esta obra no volaría igual. Enorme ha sido la dedicación y buen hacer de Rafael Cabo de Monte Riego. Con gran aprecio también a Luisa Arias por su llamada, por la facilidad para el acuerdo… su delicadeza y sinceridad.

En definitiva, estas páginas pretenden ser una invitación a la lectura de la obra poética de Antonio Colinas a la vez que homenajear al poeta en cuestión, por su generosa humildad, por su trato cercano, por su discreta y constante vocación…, por Ser.

¿QUÉ HAY EN UN VERSO DE ANTONIO COLINAS?

Si fuera…

- Si la poesía de Antonio Colinas fuera una ciudad, sería como un espacio vestido de monumentos históricos, libre para pasear y contemplar un universo humano. Sería una ciudad tranquila, alejada del caos, del exceso de ruido y contaminación.

- Si fuera un país, se caracterizaría por tener una bandera blanca, por defender la paz y huir del egoísmo monetario. Sería un lugar limpio de racismo y cualquier otro fanatismo.

- Si fuera una religión, sería un poco de todas y ninguna a la vez; llevaría por libro un poema, por ropaje una tela larga realizada lentamente con material natural, de un solo color, el color del respeto.

- Si fuera un paisaje, podría ser un conjunto de montañas, lomas anchas y elevadas; algún río arrastraría cantos rodados, y animales de todo tipo bajarían tímidamente a acariciar la vida con sus labios.

- Si fuera una droga, podría ser un buen vaso de vino, quizás del Valle de Vidriales, rosáceo y salvífico. Un buen vaso no querría decir un montón de alcohol, sino que sería la vida. El dios Dioniso que no perdería nunca la consciencia.

- Si fuera un libro de filosofía podría ser de un presocrático, de algún Heráclito fluyendo, de un epicúreo o algún Ortega defendiendo la vida frente a la razón ciega y cruel. A lomos del caballo de Montaigne y la razón poética de Zambrano.

- Si fuera una época histórica, quizás se me antoja que podría ser la Época Clásica, y entonces la veríamos paseando por el ágora, o disfrutando de la voz de un buen rapsoda.

- También podría ser la Época Medieval: una pequeña ermita, donde algún monje abre sus manos ofreciendo el todo –que algún día será nada–, al todo, que a lo mejor no es más que nada.

- Si fuera lluvia, sería creciendo cerezos y huertos; sería vida fresca para el caudal de un río, sería una música que salpica las piedras y crea un sonido único, al compás de las gotas cayendo de las hojas.

- Si fuera nieve, podría ser el vestido de los tejares de las casas; la huella de un camino lenta y trabajosamente andado por el agricultor o un animal sigiloso.

- Si fuera fuego, sería una llama que abriga un hogar en el frío del noroeste peninsular; un recuerdo de infancia, una llama dando una luz sobria en un espacio de piedra e intimidad.

- Si fuera tierra…, sus poemas son trozos de tierra; una tierra que enraíza, que es substrato de una vida, a la vez que una tierra sin fronteras rota por la humanidad.

- Si fuera un dios, sería un dios frágil, un dios que huye de la guerra, que silencia cuando hay mucho ruido humano y que lanza palabras de esperanza cuando los humanos callan demasiado. Pero ¿y si fueran dioses los que habitan?

- Si fuera una etapa de la vida, podría ser la de un niño que juega con el barro entre sus manos, que lanza piedras de nieve a un palo de madera, que desgasta desde la inocencia como un dios inmoral.

- Si fuera memoria, recordaría el olor de la ya vieja casa de la infancia, un plato de comida elaborado tras horas de paciencia; el sol y las sombras del soto de la ribera, o aquel poema que nació como un volcán de todo el cuerpo, mientras descansaba sobre una inmensa piedra.

- Si fuera un beso, este beso sería tímido, casi miedoso y a la vez eterno. Sería navío que surca los mares de unos labios frescos y adolescentes; sería calor nacido de un cuerpo unido a lo absoluto.

- Si fuera una estación, podría ser otoño, la estación madura del no retorno; un camino oculto por las hojas viejas y marrones, un ladrido lejano, asustado por los golpes de la tormenta.

- Si fuera un animal, podría ser un perro fiel a sus dueños, un principio de vida plagado de alma; un mochuelo, quizás, abriendo sus ojos al saber y los misterios del mundo.

- Si fuera una teoría ética, sería el alma virtuosa de un Platón, la prudencia de un Aristóteles, la frugalidad de un Epicuro o la buena voluntad de un Rousseau. Por supuesto, el asombro de un Sócrates y la mística eremítica de San Juan de la Cruz. Seguramente rechazara la soberbia humana del positivismo, el orden de la razón calculada, el logro de la razón humana que, sobre una cima, lanza órdenes por doquier.

1
CANES

Un tema constante en la obra poética de Colinas es la naturaleza y, dentro de ella, los animales.

En este apartado nos vamos a centrar en una exposición acerca de los canes, no sin antes narrar nuestra comprensión sobre la naturaleza tal y como la entendemos a partir de su poesía. Esto nos servirá como marco imprescindible de comprensión.

XIII

Recibo a los pájaros
en este día en que la tormenta
ha dejado el pruno morado
lleno de trinos.
Ellos son hoy los frutos de este árbol
que la brisa cimbrea
desprendiendo una música
que sólo el espíritu comprende.

Desconozco el secreto
de esta felicidad
que mueve el aire,
de esta ebriedad
en ramas tiernas, en nidos ocultos.
Nos está hablando el árbol,
pero no comprendemos
la lección de sus ramas,
que dejan en el aire

un secreto abierto:
el de que el vivir
en plenitud
es el más bello canto
indescifrable.

(Colinas: 2014, p. 215).

Prestemos atención al verso como punto de inicio de nuestra reflexión: "nos está hablando el árbol". ¿Pueden acaso los árboles hablar? No, claro que no; sin embargo, que el árbol nos hable quiere indicar que el hombre debe recibir con atención y escucha las realidades no exclusivamente humanas, sino también el lenguaje de la naturaleza. La atención que se requiere es máxima, no hay pasividad de la persona fotografiando la naturaleza de forma descriptiva sin más; al contrario, hay esfuerzo por obtener el jugo de la misma, de sus cuerpos y sus aromas. ¿Pero qué jugo obtener? Sin duda supone una mirada intencionada y humilde, una absorción intensa en busca de conocimiento, *más allá de la estética*. Si nos situáramos frente a un paisaje, como si de una postal se tratara, no podríamos concebir alguna suerte de conmoción en la persona. Al contrario, la naturaleza estaría como puesta, colocada frente a nosotros formando un objeto; ciertamente bello pero externo a nuestra persona, sin enriquecimiento personal alguno. Sin embargo, en su poesía, la naturaleza hay que situarla como un todo misterioso que, lejos de visualizarse como un mero mural o fotografía de folleto turístico, provoca pasión en la persona y autenticidad vivencial. De este modo nos causa una implicación, una lucha del sujeto, una búsqueda de conocimiento, en definitiva. Conocimiento cuya meta no será nunca terminada, porque su verdad es misteriosa, ni será exclusivamente intelectual –digamos platónico o kantiana– porque la intensidad sensitiva y emocional impide comprender la realidad exclusivamente racional, y sí *saborear* la vida. Como consecuencia, supone *una mirada ecológica*, porque solo el destino del hombre en la Tierra podrá salvaguardarse en la medida en que se reconozca que debe proteger la naturaleza también.

La empatía es un concepto que implica cierta humildad y liberalidad hacia el prójimo. Pero no es ninguna novedad reconocer que también entre los hombres y los animales se dan relaciones emocionales. Y tal comprensión de nuestro poeta supone un enfoque ontológico muy diferente al tratamiento meramente económico-productivo, que entendería la vida natural como si fueran meros útiles a nuestro servicio.

Gracias a estas experiencias de relación-comunicación con otros seres no humanos, podemos concluir de un modo definitivo, que la realidad no es una imagen proyectada desde el interior de nuestro cerebro hacia el exterior. Deducimos de su poesía que no existe ningún idealismo cartesiano que asuma que la realidad nace del cerebro del hombre, puesto que también otros animales perciben partes del mundo que nosotros también

percibimos. Ahora bien, la percepción por parte de los animales de su mundo circundante implica contar con la posibilidad de que el animal campe a sus anchas en un medio donde poder desarrollar su inteligencia y mantener relaciones. Y es así como el poeta bañezano se refiere en sus varios versos a los perros, como seres que manifiestan libertad y dignidad, como seres a los que hay que guardar respeto y son susceptibles de trato generoso.

Antonio Colinas, con una intensidad emocional de gran impresión, escribe unos versos en los que un perro pasa a formar parte de una relación empática con el resto de los humanos que le dan cobijo y aceptan. Tema transversal que atraviesa la obra de nuestro poeta, creando una atmósfera de humanidad, pues son valores de piedad los que se destacan; lejos de una relación antipática, descubrimos que no solo la humanidad se encuentra en el hombre, o lo que es lo mismo, no solo es en el hombre donde encuentra el poeta valores nobles.

> lloro porque en los ojos de mi perro
> hallo la humanidad,
> *(Colinas: 2011, p. 621).*

El poema *A nuestro perro, en su muerte*, se refiere a un animal abandonado, al que se acogió con cariño en un hogar; con el que se mantiene una comunicación en la que todo ya está dicho por la mutua comprensión que se espera de seres que poseen todos ellos vida, habitando un mismo hogar –*llamas de vida*–. Se intuye a través de la respiración del cuerpo del animal su estado de salud, que es también un estado de ánimo comprendido por las personas, que también saben de los ritmos del aliento de la vida. Como si en la inmanencia estuviera lo trascendente, o si lo trascendente no pudiera ser sin la realidad de la tierra. El animal no es cuerpo de carne y hueso sin más, es un ser sagrado porque tiene cuerpo, es un cuerpo que apunta a lo sagrado. Así, Antonio Colinas, lejos de mantener en este sentido una defensa espiritualista donde los cuerpos sobraran, es en los cuerpos, contando con ellos, donde radica su misterio y espiritualidad. No se abraza al misterio abstrayéndonos de la realidad empírica que nos rodea y que somos, sino teniéndola en cuenta.

A NUESTRO PERRO, EN SU MUERTE

Es la última noche
y no es fácil dormir porque detrás del muro
intuimos tu muerte.
Así que he acabado por salir a buscarte
a tientas en la sombra
y en ella te he encontrado respirando
aún como una llama.
(Como llama en lucerna sin aceite).

Hoy, sobre todo, sentimos dolor
al pensar en lo mucho que nos diste
y en lo poco, tan poco, que te dimos.
Porque mucha ha sido la soledad que fuiste
llenando con tu clara soledad
y el diálogo sabio aquel de tu mirada
con mi mirada, de tus silencios
con mis silencios
en el centro del día.

Con cuánta lentitud, con qué dulzura
te vas, amigo mío, arrastrando
por el río de sombra que es la noche,
por el río de estrellas que es la noche,
por el río de muerte que es la noche.
Y cómo calla ahora el jardín, y cómo calla
el bosque vaciado
de aquellos ruiseñores de junio
de los que tus ladridos nocturnos fueron luna.
Qué silencios tan negros y tan hondos
caen sobre esos dos ojos como estanques,
sobre esos ojos como hogueras negras.
Postrado en miserable rincón,
fidelísimo aún,
no te mueves, nada haces cuando llego
para no inquietarnos.
Aunque el dolor penetre más y más en tu ser
tú callas, callas manso –todavía más manso–

y en esa mansedumbre se propaga
tu fiel adiós.

No temas, no le ladres a la Sombra
esa que al alba llegará muy ciega
a arrancarte los ojos, la vida en el límite.
Aunque quedamos tristes
porque no alcanzaremos a saber
dónde reposarán tus nobles huesos
también sabemos que desde mañana,
como volcán de luz,
toda la isla ya será tu cuerpo

(Colinas: 2011, p. 632-633).

Antonio Colinas nos dirá que todos los seres vivos son sagrados. El filósofo Aristóteles basará su teoría del alma en la consideración de que todos los seres vivos poseen alma, cada alma según la naturaleza del ser. Un alma vegetativa propio de los seres vegetales y con funciones tan importantes como el crecimiento, nutrición y reproducción; un alma sensitiva, propia de los animales no humanos, irracionales por tanto (porque colocamos "la racionalidad" como el punto de vista a partir del cual hay que mirar todos los restantes seres vivos). La función en este caso, es decir, su propiedad o atributo esencial será la capacidad de sentir –además de las funciones de los seres vegetales–. Por último y sí más importante, aunque sea solo por nuestra diferencia y mayor extensión en capacidades, se encuentran las personas, quienes no solo asumen las funciones de los vegetales y de los animales irracionales, sino que también tenemos nuestro gran atributo, nuestra esencia identificadora y exclusiva: la razón. Muy diferente de lo que posteriormente defenderán, primeramente, el medinense Gómez Pereira y posteriormente el francés René Descartes, pues para ambos filósofos los animales se comportan como mecanos, semejantes al funcionamiento de un reloj; como fuerzas ciegas sin inteligencia ni finalidad, desalmados y sin capacidad para sentir. Es decir, quedan excluidos de la posibilidad de sentir los animales, por lo que defenderán estos filósofos la teoría mecanicista: los animales se comportan como autómatas. En el poema "A nuestro perro, en su muerte", la relación que se establece entre el hombre y el animal rechaza de pleno la postura mecanicista, pues se produce una compenetración con la mirada y el silencio, así como sentimiento de tristeza de

una persona hacia un ser que no es humano. ¿Podría sentirse la misma pena hacia un autómata? ¿Y hacia un animal en la ganadería intensiva?. En el poema se dan muestras evidentes de dolor por la muerte de un ser vivo, como si de uno más de la familia se tratara, como si el hombre al mirar al perro no mirara a un ser universal, sino a este animal concreto que posee un rostro.

> y das paz con tu abrazo
> a tu perro feliz,
> *(Colinas: 2011, p. 461).*

Los animales y las personas compartimos un límite biológico, si bien, las personas somos conscientes de esa muerte, comprometiéndonos a lo largo de la vida. Por tanto, tal límite en las personas implica mucho más que el acto o hecho de la muerte, pues también nos embauca desde bien pequeños a un preguntar por el sentido de la vida, por el sentido nuestro en esta vida. Eso significa ser mortal.

Colinas incluye en el círculo familiar a un ser no humano, a un animal que está llegando a su fin. Nadie diría que ese perro es ajeno al hombre, o que ha sido utilizado como herramienta de trabajo sin más; nadie diría, leyendo estos versos, que es un perro tratado como una bestia irracional. El perro es considerado humanamente, según los lazos afectivos del hombre, en este caso, tratado como fiel animal de compañía, cuyos sentimientos han estado presentes y reconocidos; cuya inteligencia ha sido percibida por su compañero. La muerte de este animal deja de ser ajena al sentido de la vida de las personas. Casi parece que el perro no muriera, sino que falleciera; un ser que ha sido dotado de biografía –bondad y fidelidad siempre presente–, de piedad –del hombre hacia el animal–, y cuya vida parece transcender más allá de su cadáver. Un ser que, por fallecer y no morir, parece adquirir notas personales, "detrás del muro intuimos tu muerte".

¡Qué muestras de esplendor nos celebra Antonio Colinas en sus versos! La inmensidad del hombre por irradiar en los animales la luz de nuestro ser, respetando la existencia y dignificándola, incluyendo como semejantes lo que parece ser tan diferente.

LA LADERA DE LOS PODENCOS SALVAJES

Huyó la perra al monte de los pinos
donde habitan salvajes los podencos.
Huyó a la luz de cielos ibicencos,
cielos de sal, de sol, de azúcar: divinos.

Huyó la perra al bosque y nuestros ojos
huyen a un mar lejano de delfines
donde otras islas cantan los confines
con caracolas, velas, labios rojos.

Como una llamarada nos invita
al bosque el animal, a las jaurías
nocturnas, al clamor de lo enlunado.

Aquí, otro perro (o corazón) dormita
en ladera y en casa, en melodías,
en verso, en vino, en luz, y enamorado.

(Colinas: 2011, p. 651).

2
LA FINITUD DEL HOMBRE EN LA EXPRESIÓN "AVE HERIDA"

En otros tiempos, ya el filósofo hedonista Epicuro quería luchar, no contra la evidencia de nuestra finitud, lo cual sería un acto de soberbia por querer cambiar nuestra condición de mortales equiparándonos a los dioses, sino contra los que viven con miedo por temer a la muerte –entre otras cosas–. Séneca, unos siglos después, intentará alentar a Marcia tras la muerte de su hijo, sobre todo, mostrándole el argumento quizás más evidente y consolador: nacemos con el propósito de morir y, antes o después, nos ha de suceder a todos. Si no podemos focalizar en la muerte nuestros temores, es porque no hemos nacido para morir, sino para la vida.

Antonio Colinas emplea la expresión *ave herida* que simboliza la visión finita de la existencia humana. Un *ave herida.* Hemos elegido tal expresión como excusa para reflexionar un aspecto crucial de su obra, a saber, la idea de la *finitud del hombre*. Si bien la expresión *ave herida* es un tema permanente, sí que hay que señalar que tal expresión aparece en concreto en el poema "Torres d´en Lluc", dentro de su poemario *Libro de la Mansedumbre.*

TORRES D´EN LLUC

Aquí, entre roca y cielo, sobre el mar,
en los acantilados de la luz,
al borde del abismo,
¿cómo creer aún en las palabras,
tintas en sangre de la Historia?

Respira el pecho bruma azul,
el pinar del estío,
y la vida tan sólo es esa ave
que deliciosamente vuela a la deriva,
o acaso aquella vela
muy sola y muy blanca
en otro azul sonámbula, abismada.

Otra verdad no existe más allá de esta luz
que se respira suave y melodiosa.
Aquí, entre roca y cielo, sobre el mar,
en los acantilados de la luz,
al borde del abismo,
la sangre goza tregua de armonía
a la espera de ser
también ella de luz.

Y más que nunca comprendemos ahora
que nuestro ser es algo que en la luz
se encuentra y reconcilia
y en ella habita como ave herida
a la espera de levantar el vuelo
hacia otra luz que ya es todas las luces.
(Colinas: 2011, p. 654).

Quizás con tal expresión, *ave herida* se quiera unir dos amplias características que poseemos.

• Por un lado, nos constituye la capacidad de elevarnos como ser que somos de amplios horizontes, curioso donde los haya, aventurero más allá de los límites espaciales que le vieron nacer. Tal dimensión propia de las personas nos aleja a otros mundos. Con alma de pájaro rastreamos lugares inadvertidos y nunca programados. Al enunciar el poeta que el hombre es como un "ave", quiere señalar la grandiosidad de nuestro habitar, porque nos libera de ciertas limitaciones y nos empuja a mundos de fortaleza, superación y libertad. Ser como aves y no solo de corral, sino también de altos vuelos en apariencia inabarcables. El filósofo Platón quiso dar al saber y a la

educación de los filósofos una imagen espiritual, de altura diríamos; así, nos dirá Platón, el futuro gobernante de la *polis* deberá aspirar al conocimiento de las verdaderas causas, y para llegar a tal meta, no podrá limitarse a las instancias concupiscibles y corporales, sino sobrevolar, es decir, superar las opiniones subjetivas, para universalizar su mirada, no nadando en una superficie vulgar y particular, sino profundizar buceando en la majestuosa realidad del mundo inteligible. Inconformistas, *admiradores* de todo cuanto nos rodea. Sólo de esta manera se puede definir el pensamiento abarcador, sólo así damos verdadera cuenta y testimonio de la gran riqueza ante la que nos encontramos. Únicamente de esta manera, como "ave", considerará Colinas que hay que entender la esencia y existencia del hombre: rico en ilimitaciones, perfecto en su mirada planetaria, firme y valiente en la observación de las universalidades. Habitando un mundo, pero nunca situados del todo en él, sino siempre en proceso abierto.

• Ahora bien, es obligado acompañar al sustantivo "ave", el adjetivo calificativo "herida". ¡Lástima! pues ahora, tal goce de superioridad a priori queda vencido por una circunstancia con la que hay que contar; quizás con un apriorismo sobre el que no decidimos ni sobre el que tampoco nos preguntaron, sino que debimos ir aprendiendo en nuestro vuelo particular y en contacto con los nuestros. Sí, somos aves, pero estamos heridas y, además, todas. Así, este a priori biológico nos delata como existencia que, ya no es tan majestuosa ni divina, pues nos obliga a lanzar vuelos y paradas terrenales. *Ave herida*, como expresión de la esencia humana, es decir, somos seres celestiales y telúricos, desapegados e irremediablemente enraizados. Nuestros vuelos nunca podrán ser infinitos, pues estamos abocados a posarnos tarde o temprano en el suelo firme que nos soporte. Querer ser existencia sin límites es una ingenuidad, porque nuestra constitución es irremediablemente corpórea. Y es en esta situación *de caída* lo que nos impide, por nuestra finitud, controlarlo todo, prever absolutamente los acontecimientos que están por venir.

BIOGRAFÍA PARA TODOS

I

Cuando nace el hombre
le golpea una piedra en el rostro,
siente dura la luz como una piedra.
Y si vive consciente
no habrá un año en su vida
que no le atenacen los misterios
del ser y del no ser.
Le espanta el vacío de sus manos,
le espanta el vacío de sus obras.
Enorme, insondable es para él
la noche de lo ignoto.
Fluye la vida ansiosa por las venas
cargada de pasión, de confusión.
Pero un día
cae un rayo en el centro de su pecho
que desgarra el árbol de la sangre.
Y, ya muerto,
otra piedra -¿será acaso la misma?-
le golpea el rostro eternamente.

(Colinas: 2011, p.380).

Somos seres enfermizos y con tal carga condicionante existencial, inexorablemente, hay que contar. Y como heridos que somos, el hombre puede en el límite perder su sentido en la vida, "perder el norte" y quedar a expensas de vaivenes involuntarios o no bien sujetos por los designios de la persona, ¿quizás ante la desvinculación de los lazos comunitarios? Llegar hasta el extremo pretendiendo incluso acabar con la vida misma; sin embargo, una voz esperanzadora, una especie de amor propio y luz de aurora logra el agarre necesario a la Tierra y no permite que la oscuridad lo nuble todo.

> Tu voz, como un relámpago violeta, quebraba el muro negro de la más negra noche, de la noche que estaba más allá de la noche, para entreabrir en él una nueva aurora: la Aurora.
>
> *(Colinas: 2011, p.513).*

El hombre es un ser contingente, finito. Su vida y muerte entran dentro de un ciclo vital más amplio que lo envuelve "Y, en verdad, son eternas las pasiones, / aunque los cuerpos se van consumiendo / como la cera/ de un cirio" *(Colinas: 2011, p. 315)*. "Al igual que la vida en el centro/ del corazón del hombre, / la brisa va mezclando un aroma en el aire/ de estiércol y de rosas" *(Colinas: 2011, p. 350)*, lo que da muestras claras de la visión anti-psicologista del hombre en la poesía de Antonio Colinas, al negar la visión del hombre como un "yo" fuente de toda realidad, o como un yo alejado de la vida comunitaria-natural que lo envuelve.

3
INFANCIA

FRENTE AL ENCINAR

Bien sé que las encinas de Dodona
hablaban por la boca de los dioses.
Esta noche, aquí, en mis tierras altas,
no me deja dormir su grave aroma,
y cómo resucita el ser puro que fui,
el niño-dios que apacentara estrellas
junto a manantiales hoy secos.

Habla, diosa, a través de las hojas
del encinar,
enciéndeme, envía tu embriaguez,
arráncale a sus ásperas ramas
su intenso aroma, su estrellada fiebre,
concédenos que regrese algún día
el niño-dios que fuimos
para que al fin un día resucite,
en este tiempo agónico,
el cadáver de dolor que seremos

(Colinas: 2011, p. 489).

¿Qué es ser un niño? El autor del poema nos compromete a pensar en una etapa de la vida, nuestra segunda etapa. La segunda, porque ya hemos crecido y dejado atrás la linda etapa de amamantamiento; el poeta nos habla de ser niño y, por tanto, el proceso de socialización ya comienza a adquirir cierto cuerpo. Tal proceso de inmersión social se da fundamentalmente a través del juego. El poeta quiere sentir la época

del juego, del desgaste y desenfreno, donde todavía la mochila de la responsabilidad y el vacío de la incertidumbre se encuentran ocultos, pero a la espera de que el niño crezca para así hacerse presente. Cuando el niño juega se descarga una energía ilimitada donde el espacio y el tiempo quedan fuera de la consciencia y de toda preocupación. Uno juega para eternizar el momento. Un niño juega resistiendo los límites; los límites del frío o del calor, los límites del cansancio, del hambre. Se juega sin más, para jugar, porque el premio del juego es el juego mismo. ¡Eternidad, sin límites, irresponsables…! máxima pureza. La pureza que se necesita hoy día, quizás, para limpiar los tóxicos conflictos que nos acechan; así pues, la energía infantil derrochadora de conciliación e integridad es alentada al mismísimo oráculo, nos dirá el poema, para que nos concedan los dioses trascendentes una petición del hombre sometido a la tierra ¡trae a nosotros la parte de niño que fuimos! ¿No significará, acaso, sentirse como un dios, un "niño-dios" como etapa más ejemplar de nuestra vida? Jugar sin el miedo vigilante de la moral o el pudor, sin la preponderancia de un "Yo" como fuerza egocéntrica que busca su espacio de poder. Porque el niño vive la vida como el adulto vive el amor y el goce, alejado de sí y, solo entonces, más cercano que nunca a su ser. Un yo que está inconscientemente presente, sin que la voluntad rija la norma, porque es el juego el que es en el niño, pero gracias, sin duda, a él.

II
Ten sueños altos ahora que eres joven,
pues el tiempo feroz segará pronto
tus manos, y tus ojos, y tus labios.
Gozarás hasta entonces de lo eterno
que cabe en el transcurso de tus días.
Hoy tu hermosura es casi divina.
Mañana esas perlas que protegen
la madrugada joven de tu pecho
se abrirán al dolor o a la locura,
no ahuyentarán la sombra de la muerte.
(Colinas: 2011, p. 381).

Solo los dioses podrían ser capaces de romper las fuerzas que limitan al humano. Nuestro gran límite es el Tiempo. ¿Qué podemos pedirle a los dioses, sino lo que es inalcanzable para los hombres? ¿Acaso devolvernos

el espíritu de la infancia? Suponemos que el poeta no pretende hacerse niño, sino sentir su espíritu. La niñez, como el período de la época más apreciada nos dirige desde el presente al pasado, en una reconstrucción biográfica de identificación con nuestras raíces. ¿Retomamos así al espíritu de la infancia que tanto apreció Nietzsche, como símbolo de la transmutación de los valores, de la inocencia vital, tras la etapa del camello y el león? ¿La inocencia como plenitud?

Solamente aquí es Cronos
quien reina,
el dios del Tiempo
infinita-
mente
cruel.

(Colinas: 2011, p. 870).

Vayamos a otro poema, al "poema IV" del poemario *Manantial de la luz*. Antonio Colinas escoge como temática una niña. Una dulce niña que duerme en la noche y pareciera que el poeta la observara; la niña está

hundida en la noche en el descanso más inocente, aquél en el que aún no lleva los ropajes de la responsabilidad de la vida adulta. La inocencia aún protege las durezas que están por venir; de momento, el abrazo a su almohada despista los destinos que como mujer y persona le vendrán. Pero en este poema, no se habla de esta o aquella niña; no hay apenas señal de su comportamiento psicológico, ni observación vivencial. Aquí, se vislumbra una prueba fehaciente de que el poema quiere transformar la imagen, que en principio podría parecer única, en un ejemplo del "engranaje cósmico", en una Idea que trasciende la imagen irrepetible de lo efímero, para ser parte de una prueba más universal que a todos nos concierne.

IV

Duermes como la noche duerme:
con silencio y estrellas.
Y con sombras también.
Como los montes sienten el peso de la noche,
así hoy sientes tú esos pesares
que el tiempo nos depara:
suavemente y en paz.

Te han llovido las sombras,
pero aquí estás abrazando en la almohada
(en negra noche)
toda la luz del mundo.
Yo pienso que la noche, como la vida, oculta
miserias y terrores,
mas tú duermes a salvo,
pues en el pecho llevas una hoguera de oro:
la del amor que enciende más amor.

Gracias a él aún crecerá en el mundo
el bosque de lo manso
y seguirán girando los planetas
despacio, muy despacio, encima de tus ojos,
produciendo esa música
que en tu rostro disuelve la idea del dolor,
cada dolor del mundo.

Reposas en lo blanco
como en lo blanco cae en paz la nieve.
Duermes como la noche duerme
en el rostro sereno de esa niña
que todavía ignora
aquel dolor que habrá de recibir
cuando sea mujer.

Otra noche
la nieve de tu piel y de tu vida
la veo reposando en silencio, al lado
de un resplandor de llamas,
del amor que se enciende en más amor.
El que te salvará.
El que nos salvará.

(Colinas: 2011, p.658-659).

Incluso la niña duerme, como duerme también la noche. Una niña tan especial participando de momentos más grandes, elevados y amplios. Una luz que participará en una luz más hermosa, por ejemplo, la luz del amor. La niña deja de ser la figura de una niña concreta; ya está recorriendo, sin saberlo, los caminos de la vida. Ahora está dormida y quizás no sabe que el amor será su salvación, porque será nuestra opción de salvación también para nosotros. ¡Cómo no! porque el amor no necesita de leyes ni jueces, sana lo que toca y comprende lo incomprensible desde otra forma de relación. Por él se implica todo, la vida no es solo vida, pues se transforma en maravillosa autenticidad gustosa de ser vivida.

Este poema nos parece un buen ejemplo para constatar el antipsicologismo del poeta, puesto que sus interpretaciones, creemos, no se reducen a la conciencia de la niña protagonista, sino que quieren expresar una realidad universal, como condición posible de los hombres, de una niña; diríamos, como condición principal de la antropología misma. La "luz" quiere ser, no solo fuente de vida, sino resplandor infantil y juego amoral, es decir, inocencia; y esta entendida como una etapa de plenitud al no estar sometida a la "caída de la moral". Significando tal caída, una carga de responsabilidad donde el juego se torna deber. El poeta se pregunta: "¿Quién me devolverá el don del no saber, / y del saber, de un niño?"

(Colinas: 2011, p. 701). Como si ser niño, su lucidez, resplandeciera más en su condición de no saber. ¿Querrá decirse que el niño es ignorante? No, seguro que no, pues el niño se alimenta de curiosear y saborear sin desprecio, bajo el lema más humano del asombro unido al goce. "Conocer", entonces, tendrá connotaciones peyorativas porque sugerirá maneras de obrar maliciosas en nombre de la razón. Por ejemplo, según la bandera de las guerras, de las luchas sin tregua, de los dogmas más terribles… Frente a todo esto, la imagen del niño.

UN LIBRO DE INFANCIA

Padre: tú me trajiste un día
de un viaje
un libro de cuentos de Andersen.
Yo era entonces un niño
enfermo en su lecho;
yo no era un lector
ni era un poeta.
Sólo era un niño
muy pequeño y enfermo
que intuía otros mundos
cuando veía temblar
de noche, en las cortinas,
sombras negras.

Pero llegó la luz
a mi vida, pues olvidar no pudo
el placer que sentí al recibir
el libro en mis manos.
Y no era porque fuese un regalo,
no era por el don, feliz, de recibirlo.
Era quizás porque en el libro aquel
tú pusiste un mundo
con tus manos
en mis manos.
Y se llenó de luz la habitación,
y ya no había seres misteriosos
que me atemorizaran al temblar
de noche las cortinas.

Y recuerdo muy bien
que, antes de abrir las páginas del libro,
ya sentí en mi interior un sublime placer
que describir no puedo.
Luego vino la lluvia, y salí a los campos
y sané,
pero extravié el libro,
y con él se perdió
mi infancia
y aquel placer incluso de sentir
que hay otra realidad:
esa en la que aún yo creeré
por siempre.
Aunque jamás la
vean
mis ojos.

(Colinas: 2016, p. 25-26).

Nos encontramos en *Un libro de infancia*, ante las vivencias de un padre y un hijo. Un padre es más que un ser biológico que reproduce un nuevo ser sin más. Un padre es la concreción del amor infinito, la incondicionalidad más respetuosa que empequeñece sus manos gigantes, transformándose en amables ante el afecto por un niño. Que engrandece la pequeñez de la vida en crecimiento, dando un aliento de cariño y ternura. Bien sabe la vida desde sus inicios que el poder de la alimentación debe equilibrarse con el de la afectividad y caricias.

…Y en este regalo que es el don de la vida, encontramos la gratitud de un padre que cuida de su hijo y le protege. Y, además, no se preocupa por su vida sin más, sino que se destina enteramente a dignificar la vida, para que su hijo crezca en la alegría y curiosidad abierta al mundo. Nunca se sabe el significado que puede tener en la existencia de un hijo, la luz trasmitida por un padre. En este caso, las múltiples vías posibles se concretan en lo que será, posteriormente, el camino para un hijo. Un hijo que rescata, con mirada retrospectiva de agradecimiento, la virtud de tener un padre que, sabiéndolo y sin saberlo, le encamina y le permite andar erguido por la senda, quizás más rica, quizás más grata: caminar sobre múltiples mundos, con grandeza de hacer camino, de forjarse una vida con la creatividad necesaria de afianzar destino. El padre regalará a su hijo enfermo

un libro, que será un refugio, un remanso de paz y serenidad para un niño, impedido como está a expandir sus alas y volar sobre las nieves. Recoge con sus manos pequeñas un libro sugerente, fantástico, una luz entre las luces, como si fuera un guiño a la vida que tanto necesitamos, para no permitir que nuestra piel humana sea arrancada de entre tanto artefacto y anonimato.

4
ESPERANZA

Podemos definir la poesía de Antonio Colinas como una poesía de esperanza. Frente a las situaciones hostiles que vive cada persona en particular, hay que buscar la luz interior, esa fuerza que nos ofrezca el sosiego y templanza necesaria para superar los infortunios. La comprensión del ser humano se mantendría con carencias si solo nos refiriéramos a la dimensión temporal del pasado y del presente. El hombre, encaminado a realizarse en un proyecto abierto, no puede dejar de estar en el mundo enfocando su visión limitada en una temporalidad que, aun no presente, compromete al hombre a una trascendencia de gran valor. Es en la mirada puesta al futuro como los quehaceres de la persona cobran auténtico sentido y, a su vez, permiten ante las negruras del presente, una apertura a la posibilidad de la mejora. Así lo interpretamos, por ejemplo, en el poema "Frente a la mar", del cual exponemos unos versos.

> No cerrarse. Abrirse, abrirse siempre
> a lo no escrito, a lo no hablado, a lo no impuesto,
> a lo que nunca ha sido norma, combate, sangre;
> abrirse a lo invisible y a lo informe,
> a lo blanco y a lo negro.
> Que ni siquiera sea esta mar
> la legendaria y la de los sueños
> –mar vinosa de Homero–
> para en pureza y en olvido hallarme
> otra vez a mí mismo.
>
> *(Colinas: 2011, p. 578).*

En este sentido, la esperanza implica un horizonte de sanación y un impulso de confianza hacia lo incierto y mejorable. Una búsqueda de lo indeterminado con valentía y no como comportamiento meramente evasivo. La esperanza no supondrá una suerte de evitación de conflictos, sino una apuesta por lo desconocido cuando el pasado se manifiesta como temporalidad cerrada y desilusionante.

> "Del negro limo brotarán las flores
> mortales:
> versos, músicas, labios".
>
> *(Colinas: 2011, p. 494).*

En el poema "Paraíso en la Nieve", nuestro poeta nos presenta una buena dosis de esperanza. Una esperanza que implica un proceso, una duración: confianza de alcanzar cumbres más altas porque humanos somos y el camino a recorrer implica caídas y subidas, como una constante. Vivimos con duelo, como juncos frágiles pero resistentes que en nuestra contingencia enfermamos, morimos y un sin fin de pesares acechan al hombre, como seres trágicos que somos. Estar de luto es una condición presente en la Historia del hombre: ríos de sangre arrastran vidas humanas como cantos rodados. Pero la esperanza está firmemente en pie y, como si de mundos paralelos se tratara, es necesario recobrar lo

latente en el hombre, su auténtica mirada en lo olvidado, dejando lo más cruel y negro que llevamos, para atravesar al otro lado del camino, como si fuera sentir la intensidad del mundo que nos rodea, en nosotros. "Habrá esperanza mientras dispongamos/ nuestras manos abiertas, / esas manos tendidas de un fuego/ que arde y que no quema" *(Colinas: 2011, p.788)*. A fin de clarificar, leamos unos versos de los poemas: "Isla", "Letanía del ciego que ve" y "La lámpara de barro".

> Sembrar es lo que importa,
> aunque hayamos de hacerlo
> bajo el cielo más puro
> o bajo el huracán.
> *(Colinas: 2011, p. 729).*

> Que respirar en paz la música no oída
> sea mi último deseo, pues sabed
> que, para quien respira
> en paz, ya todo el mundo
> está dentro de él y en él respira.
> *(Colinas: 2011, p. 771).*

> Ábrenos a otra vida, siléncianos, remánsanos
> en ese mar de luz o fuego blanco
> del que nada sabemos,
> del que esperamos todo.
> *(Colinas: 2011, p. 855).*

No podríamos hablar de esperanza si en nuestra vida primara la armonía; no es así: guerras y muertos apilados por la Historia (Colinas nos hablará de conflictos como el armenio, el conflicto palestino-israelí, atentados terroristas en España…) nos ponen delante de una lucha de contrarios que nos ciegan. ¿Qué podemos aportar las personas frente a los otros, que sabemos, son tan diferentes: tienen sus ideologías, sus lenguas tan distintas, sus maneras de adorar a sus dioses…? responder a tal pregunta, siguiendo la poesía de Antonio Colinas apela a buscar los valores más humanos, en su desnudez, en su máxima universal y pureza; a saber, esperanza en que algún día otros hombres tan distintos comprendan que, por encima de las naciones e idiosincrasias, alberga en nosotros el reconocimiento de la diferencia y la compasión como valor

más puro e internacional. “Venid y ved que allí/ donde ponéis los dedos con amor/ aún puede brotar música” *(Colinas: 2011, p. 143)*. Estamos ante una poesía cuya antropología filosófica está acaso centrada en un principio firme y esperanzador: el hombre es un ser de carne y hueso, además de corazón. Tal dimensión nos envuelve en el reconocimiento mutuo y, si se ama, se puede. Esa es la luz a seguir.

EN UNA AZOTEA DE JERUSALÉN (extracto)

Quizás un gesto, sólo un leve gesto
que he visto esta mañana,
nos podría salvar para siempre:
el de la mano
de un peregrino pobre que ponía
la luz
de una
humilde
lucerna
en el lugar más santo,
cerca del útero de sombras untuosas
de la sima de Elena,
en la caverna
que ocultara la ruina de la Cruz.

(Colinas: 2011, p. 845).

Luz, que es símbolo; que implica préstamos y grandes dosis de humildad por parte del hombre. Concesiones necesariamente formales, pues el poeta no enumera los contenidos materiales o propuestas que han de llevarse a cabo, sino que se centra en las voluntades del ser humano. *Más allá de la estética*, en la llama de esperanza oculta en nosotros y que puede despertar, como valor compasivo, para comprender al prójimo, para aceptarlo. Una esperanza oculta, pero que ya sabemos de su existencia y de cómo otras personas, desde siempre, han manifestado en un habitar sagrado la gratitud y honestidad como modo de estar en el mundo. “Todo tiende a lo negro. / Hasta el aroma de los eucaliptos / se condensa en lo oscuro/ como fósforo negro. / Sin embargo, parece que el camino / que sigo hacia dentro de mí mismo / va derecho a la luz.” *(Colinas: 2011, p. 824)*.

La esperanza empuja al hombre hacia una actitud resiliente, gracias a la cual, lejos de reclinarse ante lo doloroso, nos anima como

una especie de impulso, de luz interior vivificante, a superar las situaciones adversas.

> Ya no hay luz en el mundo.
> Toda la luz está en nuestro interior.
> *(Colinas: 2011, p. 772).*

o también,

> Todo es ahora unidad: hay una luz
> en lo más interior y profundo de mí.
> *(Colinas: 2011, p. 749).*

En el poema "Letanía del ciego que ve", observamos tal idea de esperanza.

> Que este celeste pan del firmamento
> me alimente hasta el último suspiro.
> Que estos campos tan fieros y tan puros
> me sean buenos, cada día más buenos.
> Que si en tiempo de estío se me encienden las manos
> con cardos, con ortigas, que al llegar el invierno
> los sienta como escarcha en mi tejado.
>
> Que cuando me parezca que he caído,
> porque me han derribado,
> sólo esté arrodillándome en mi centro.
> Que si alguien me golpea muy fuerte
> sólo sienta la brisa del pinar, el murmullo
> de la fuente serena.
> Que si la vida es un acabar,
> cual veleta, chirriando en lo más alto,
> allá arriba me calme para siempre,
> se disuelva mi hierro en el azul.
> Que si alguien, de repente, vino para arrancarme
> cuanto sembré y planté llorando por las nubes,
> me torne en nube yo, me torne en planta,
> que sean aún semillas mis dos ojos
> en los ojos sin lágrimas del perro.

Que si hay enfermedad sirva para curarme,
sea sólo el inicio de mi renacimiento.
Que si beso y parece que el labio sabe a muerte,
amor venza a la muerte en ese beso.
Que si rindo mi mente y detengo mis pasos,
que si cierro la boca para decirte todo,
y dejo de rozar tu carne ya sembrada,
que si cierro los ojos y venzo sin luchar
(victoria en la que nada soy ni obtengo),
te tenga a ti, silencio de la cumbre,
o a ese sol abatido que es la nieve,
donde la nada es todo.

Que respirar en paz la música no oída
sea mi último deseo, pues sabed
que, para quien respira
en paz, ya todo el mundo
está dentro de él y en él respira.
Que si insiste la muerte,
que si avanza la edad, y todo y todos
a mi alrededor parecen ir marchándose deprisa,
me venza el mundo al fin en esa luz
que restalla.
Y su fuego
me vaya deshaciendo como llama
de vela: con dulzura, despacio, muy despacio,
como giran arriba extasiados los planetas.

(Colinas: 2011, p. 770-771).

La nieve recuerda el páramo de la infancia «Mi infancia son recuerdos de la nieve / en un huerto sin hojas» *(Colinas: 2011, p. 511)*, es un elemento que retrotrae al poeta a otros tiempos; también la nieve es símbolo de esperanza en la obra *Canciones para una música silente*, quizás porque donde hay nieve, la abundancia de agua y vida está asegurada, quizás porque la nieve alimenta desde siempre sentimientos de pureza y serenidad. Cae la nieve, no estamos solos. Cae la nieve, suena la naturaleza. Cae la nieve y calla el hombre. No estamos solos, podemos escuchar la sencillez de la vida: conjuntadas nuestras vidas y la musicalidad del silencio del hombre, como nos dirá “En la luz respirada”.

Ciervos que en la espesura,
o junto al agua quieta de las charcas,
bajo luna madura, amarillenta,
se llaman y responden,
se llevan y nos traen
con la brisa
(como los ruiseñores)
nuestra esperanza en otra vida
no mortal.

(Colinas: 2011, p. 718).

Con sentido simbólico similar, Antonio Colinas se referirá a la música como símbolo órfico que da sentido de paz y serenidad. La música como terapia que sana. Música que también del conjunto de la naturaleza se escucha y así, no solo es el poeta quien con su poesía armoniza los contrarios, sino que, también, nos alimentamos de los poemas y la musicalidad que nos ofrece la naturaleza. La música es fuente de bien. ¿Quizás las músicas sean fórmulas muy humanas que nos elevan a lo más puro que somos? ¿No será la música, como las artes, la llama capaz de conmover y hacernos recordar nuestra humanidad universal? ¿De recordarnos también la estupidez que significa la búsqueda del dolor por el dolor? Luz, música, fuego y amor, son símbolos de apertura en la vida de los hombres a otro estado de conciliación con uno mismo y con los demás. Una visión de la antropología filosófica, como decimos, que quiere hundir sus raíces, como diría René Guénon, en la *Tradición*; toda vez que hemos conocido una *desacralización* y huida de los dioses en la fase de la época moderna. Así pues, solo en la vuelta a una vida de gratitud y humildad contemplamos la esperanza. Solo en el reconocimiento de que el hombre se debe, como ser universal, a un misterio que nos sobrecoge, encontramos una participación del hombre en el que todos coincidimos; porque abrazar el misterio supondrá la consciencia del fracaso de los fundamentalismos; del fracaso de la comprensión de la vida como un problema solucionable, exclusivamente, desde el progreso y de la técnica.

PARA OLVIDAR EL ODIO

Ponen a Dios al lado de la guerra
y a la guerra la amparan bajo el nombre de Dios,
mas Dios es la no guerra
y la guerra es, sin duda, un contradiós.

Hace ya muchos siglos que alguien dijo
que no hay daño en la parte que no afecte al todo,
pero el hombre aún no sabe que no sabe,
hacia adelante huye, siembra
desarmonía y otra vez terror
llama a terror y guerra llama a guerra.

Ni siquiera parece que la piedra
sea ya sagrada, el tiempo se desangra, el espíritu
huye con su misterio en los templos;
se retira el pinar en llamas (ya no arde
al canto de cigarras);
desierto y mar avanzan con sus escorias, son
las palabras un grito hueco, airado,
y el aire que dio vida ya no es
puro como la escarcha, fino como la nieve.

Mas en el mundo aún habrá esperanza
mientras alguien respire
en paz la última música,
y amanse con las yemas de sus dedos
cada muro de odio,
y el último estertor de lo sagrado
tiemble en los ojos abiertos
del niño muerto.

Abajo la ignorancia secular
la avidez y el no amor, el no saber
que no se sabe,
mientras lo misterioso
allá arriba se expande y se retira
con sus secretos.
Respirar aún en paz la fugitiva música
que no oímos,
respirar dulcemente la música que huye
a los prados remotos del firmamento, es todo
cuanto el hombre tendrá que conocer
para salvarse.

(Colinas: 2011, p. 785-786).

5
DESPRENDIMIENTO

Desde los pitagóricos, pasando por los platónicos y neoplatónicos, la idea del desprendimiento ha estado muy presente, no sólo en la Historia de la Filosofía, sino también a lo largo de la Historia de las Religiones, al proponer como parte de sus ceremonias, la *catarsis*. Desprenderse de las pasiones corporales y deseos más concupiscibles son condiciones necesarias para alcanzar la comprensión de la verdad pura, sin contagio alguno del mundanal ruido; en recogimiento. Encontramos en la poesía de Colinas una gran cantidad de versos que nos hablan del *desprendimiento del hombre*, profundizándose en este sentido en una antropología filosófica, donde el poeta nos sugiere importantes consideraciones acerca de nuestra esencia, en su máxima pureza. Es decir, el hombre limpio, hasta el límite, de accesorios.

El poeta buscará, en un intento de acercarse al máximo a la realidad que le rodea, vaciar cualquier otra forma de relación que no sea el sentimiento intenso, la vivencia auténtica. Para tal inmediatez, a veces, la razón es un mero medio que obstaculiza la vivencia con lo que la realidad es. Desprendida es la poesía de nuestro poeta bañezano, pues acepta la naturalidad de las cosas en su sencillez, elogiando los detalles de las personas por encima de los estatus sociales, o de las apariencias de doble rasero en función de las circunstancias. Es una poesía cristalina, porque, entre otras cosas, reivindica la honradez de las acciones de las personas y su humildad, como principio de trato y acuerdo, como máxima de una ética. El poeta huye de los grandes lujos, así como también hace caso omiso en su poesía de la tecnología, posiblemente porque en la fabricación de los útiles no moraríamos en misterio alguno.

El consumismo brilla por su ausencia. Se adentra uno más bien en los detalles silenciosos, las ermitas calladas de luz, los inciensos y sus cirios fundiéndose en las sombras; los besos, la luz, un monje cariñoso en su andar, el amor, el aullido de un perro… Hasta alcanzar la autarquía: una especie de goce y plenitud incondicional porque nada más se necesita, a nada más se puede aspirar. Pero es una plenitud que ha exigido previamente unas pruebas, quizás las pruebas mismas de la vida, con sus contrarios soportándose a la vez: pesares y alegrías. Sangre, sudor y lágrimas y, a la vez, plenitud.

A LA MANERA DE IBN GABIROL

Qué gran felicidad,
qué gozo tan inmenso sentirse al saber
que ya no eres nadie,
que ya no eres nada.
Al fin sólo una brisa, un aroma, una luz.

(Alguien, en un lugar desprovisto del aire
puro que necesita su negruzco cerebro,
dejó salir del cerco de su boca herida
la frase que te hizo sonreír:
«Es tan sólo un poeta inexistente»)

(Colinas: 2011, p. 481).

El desprendimiento supone un acercamiento a la naturaleza con mayor energía, porque también esta es presentada en su máxima viveza. La poesía se aleja al máximo de la industrialización, porque es en la naturaleza en su conjunto, no en los objetos producidos, donde encontramos las auténticas verdades sobre el origen del hombre y, también, su sentido último y final. Los objetos artificiales apenas están presentes en su obra, lo que nos indica que en ellos no encontramos inspiración para fundirnos con la naturaleza. Más bien tendremos que desprendernos de ellos para tal misión. La naturaleza es la gran verdad misteriosa y, por esto, inabarcable, hacia donde debe girar el ser humano, como ser que se debe a ella por ser fuente de vida. Naturaleza como *phýsis* de los primeros filósofos presocráticos, razón de ser, principio primero del cual todo deviene. Dejadme dormir en la ladera/ de los infinitos sacrificios *(Colinas: 2011, p.491).*

EN LO OSCURO

V

¿Qué pasó aquella noche?
¿Al final de aquel valle había salida?
¿Regresa el que penetra en el misterio?

Descendía la música
sobre la azotea de la casa
que tenía un aura
lunas, fosforescente.
Temblaban suavemente

las ramas de un gran pino junto al porche
y los perros alzaban sus cabezas
a una noche de aromas y de grillos.
El fuego de una vela
ardía muy despacio,
en un maravilloso
silencio.
Ciega y muy lenta negación del mundo.
Maduración final de los deseos.
Allí, a nuestro lado el silencio, el milagro
del cuerpo sin amor que enamora.

¡Que nunca regresemos
de esta sombra a la luz!

(Colinas: 2011, p. 399).

Nuestra historia, la Historia de los hombres, se caracteriza por un sinfín de luchas y conflictos, acaecidos en el pasado y manifestados en el presente. El *desprendimiento* aparece en los poemas como una estrategia de resolución de conflictos. La praxis del hombre no debería, según su poesía, querer solucionar sus conflictos históricos con ostentaciones de fuerza, ni basarse en la riqueza de sus naciones para imponer un orden. Los gestos, la sencillez y el ánimo de querer dejar de ver los mares con sus muertos flotantes y las tierras sembradas de cadáveres, deben poder con todo. Así también, atender a la sacralidad del hombre, al reconocimiento mutuo, al perdón y tolerancia de las diferencias. Debemos las personas y culturas dirigirnos, no hacia valores de avaricia y dominio, sino hacia la renuncia y el desprendimiento del hombre como medida de lo real. ¿Por qué tal desprendimiento? Porque en la sencillez y pequeños gestos está nuestra luz de esperanza y humanidad. Humanidad con humanidad, elevándose de esta manera una prueba de pureza de máxima universalidad.

La propia voluntad es entendida como la puesta entre paréntesis del yo. Nuestra persona queda así definida por la ausencia de dominio, más bien, por ser deudora de una realidad que agradece y cuida; así sucede, por ejemplo, en el amor: fusión de contrarios donde la persona solo puede sentirse enriquecida por la llamada de otra realidad a la que quiere.

> Muy turbado se encuentra / de amor todo mi cuerpo. / Se yergue, aspira hondo, / resiste la hermosura, se acalla, escucha, tiembla *(Colinas: 2011, p.32).*

Poner entre paréntesis el yo hasta el punto de buscar la intensidad del sentir, considerando superflua la necesidad de racionalizar o comprender más allá,

> Ya no necesitaba saber, pues me habitaba
> una ciencia absoluta, esencia del gran Todo.
> *(Colinas: 2011, p. 425).*

> «Aquel que lo conoce
> se ha callado y, quien habla, ya no lo ha conocido»
> *(Colinas: 2011, p. 443).*

> …Déjame que
> olfatee el paso de tu túnica. Déjame que solo sienta, y vea, y bese en este nuevo espacio al que tu voz me ha conducido, desde el que tu voz me llama.
> *(Colinas: 2011, p. 514).*

hasta casi rozar la nulidad, debido la disolución del yo en el conjunto que le rodea, sin conciencia:

> Si nada soy, dejadme con la nada
> extraviada del jardín cerrado.
> Cerrad el alto muro del jardín
> y fúndase mi fuego con su fuego.
> *(Colinas: 2011, p. 527).*

La poesía de Colinas, no es nuevo, bebe de los místicos orientales y occidentales "¡Qué cerca de aquel místico cielo/ estaban nuestros rostros, /que dirigíamos hacia la luz fogosa de la tarde!" *(Colinas: 2011, p.474)* que basaron su poesía y pensamiento en el desprendimiento de lo mundano y trivial del hombre y, como dirán los sufíes, en la mirada recíproca de corazón a corazón "atesoras con celo las palabras de Rumi el sufí: / «Sólo en tu corazón está la dicha»" *(Colinas: 2011, p. 485).* Pero, además, revisten sus versos de cierto relativismo, no para defender la tesis según la cual

todo vale, sino aquel relativismo tolerante que acepta pluralidades de vida y que, sobre todas las cosas, huye de los dogmas y de todo absolutismo; porque la mística, nos dirá Salvador Pániker, es exactamente lo contrario de un fanático, pues no absolutiza ningún lenguaje.

El poema ejemplar, en lo que al desprendimiento se refiere, es el que se verá a continuación, "La ofrenda silenciosa". El poema tiene una puesta en escena de gran valor, por la combinación de las luces y las sombras en un espacio de silencio y recogimiento. Un monje frágil y austero "sin cuerpo ya, sin ego, consumido" se vale de una humilde luz en un espacio pequeño y oscuro. Un eremita busca el encuentro con lo transcendente mediante el rezo, en un ambiente desnudo que no incita a la distracción. Sobran las riquezas, el ruido, las imágenes o la tecnología. Tal penuria en la forma de vida subraya aún más la pureza de la acción. Muros puros sin adornos, luz subrayada por su única función. Soledad elegida para mostrar gratitud en un desprendimiento que invita a pensar que el monje busca tan solo el refugio con lo transcendente. No hay queja, intento de huida, desesperación o hastío. Apenas relaciones con cosas u otros seres. El retiro del mundo sirve al ermitaño para refugiarse en sí mismo, a sabiendas de que el yo es un ser contingente y efímero "su cuerpo me parece el de un *mujik* de Tolstói" (*Colinas: 2011, p. 840).* No hay desprendimiento si no es porque se elige con gran intensidad lo otro querido. En este caso, lo otro que se busca es la soledad sin el estorbo, para concentrarse en el rezo a Dios.

Abrazar el misterio alejado de las prisiones de los objetos útiles de la técnica, en la inacción histórica... Abrazar el misterio tiene un algo de sufrimiento, como si la auténtica verdad no fuera asociada a la alegría y felicidad mundana, sino a otra forma de vivir en la que la plenitud no está liberada del sufrir. Quizás la plenitud sea alcanzada cuando el ser humano proyecta su mirada más allá de las contingencias, más allá de lo precario y temporal, enfocada al infinito. ¿Qué lecciones para el hombre de hoy día guardará tal ermitaño de cuerpo penoso? Dos palabras al respecto: la valentía de apreciar con aspereza, lo menos aparente y pueril. Apostar con la vida misma por una verdad velada a lo efímero. Nuestro cuerpo va envejeciendo como el río de Heráclito sigue su curso sin descanso. Sin embargo, el ermitaño, lanza con total entrega su mirada hacia lo perpetuo, hacia aquella realidad que no defrauda, que todo lo acoge. Respira concentrado y silencioso, agarrándose a la casi nada de este mundo, porque ya cree tenerlo todo en el más allá. Se mantiene firme –no tanto acompañando

el movimiento de los objetos, sino deteniendo nuestra alma sobre ellos, dirá Platón en el *Cratilo*– ante la persuasión de los entretenimientos y artilugios vanos. ¿Quién lo iba a decir? Ejemplo de solidez y estabilidad personal, en un mundo contrapuesto a las redes sociales. El eremita, que se comporta como un mal hombre, criticará alguien, un chalado y puede que también un roñoso… ha decidido con solemnidad, poner el punto final al desasosiego moderno.

LA OFRENDA SILENCIOSA

¿De dónde ha llegado ese hombre
y por qué deposita en la gran losa
amarillenta
su alma?
(Su cuerpo me parece el de un *mujik*
de Tolstói, mas sus dos ojos ardientes
son quizá los de un santo de ultratumba).

Ha llegado hasta aquí desde muy lejos
y parece negarse a sí mismo
para ser él por siempre en plenitud.
Su cuerpo, ya sin cuerpo, se parece
a esa pequeña llama
de la pobre lucerna de barro
que deposita lento en la piedra
–como un pájaro–
con los secos sarmientos de sus manos.

Su ofrenda es silenciosa, más callando
todo lo ofrenda a la piedra muerta
de lo que todo espera recibir.
He aquí a un *ecce homo* de este tiempo,
sin cuerpo ya, sin ego, consumido,
sin heridas ni espinos en la frente,
y sólo con silencio entre los labios.
¿Acaso está ofrendando su nada a una nada
que es todo para él?

Luego, veo caer su cuerpo, derribado
por una luz que lleva en su interior;

cae su cuerpo, luz pobre que se abisma
en lo duro y lo negro
(que él cree lo más blanco).
Ha caído para besar la piedra,
y luego roza casi con sus labios
esa llama
pequeña,
temblorosa.
La llama: hilo fiel
entre el ser y el no ser,
entre un cuerpo que apenas es un cuerpo
y un más allá que calla,
hermético, muy dentro de la piedra.

Él quiere ser tan sólo esa llama
que arde silenciosa
dentro del negro cuenco de sus manos,
buscar en ella un calor humilde
para fundirse en busca de otro fuego
que nunca jamás se consuma,
que ya nunca jamás nos consuma.

(Colinas: 2011 p. 840-841).

6
ALTERIDAD

Son muchas las ocasiones en las que observamos entre los poemas de Antonio Colinas, la concepción de las relaciones familiares como raíces necesarias que no pueden podarse en la vida de un hombre. La persona es social por naturaleza (*zoon politikón*) y erradicar tales vínculos en nombre de un individualismo extremo es experimentar con el hombre, dejarle amputado de un bien necesario y natural. El

hombre no es una bestia ni un dios, como dirá Aristóteles, por lo que se ve necesitado, entre otras, de relaciones afectivas para vivir. En sus poemas encontramos la sociabilidad en numerosos ejemplos en los que realiza un homenaje a sus amigos. Amistad "No es posible olvidar cuando se siembra/ la amistad verdadera…" *(Colinas: 2014, p.30)* y familia, serían los rasgos personales que quisiéramos resaltar aquí, sobre todo, porque son el tipo de relaciones que implican una sociabilidad con vínculos emocionales y afectivos. La poesía del poeta bañezano, en este sentido, no destaca por sus referencias a un tipo de sociedad propia de las grandes ciudades, donde la masa aflora y las relaciones destacadas por su anonimato son más frecuentes. Todo lo contrario, pues se observa una preocupación mayor por los vínculos más cercanos y afectivos. Una defensa del estilo de vida comunitario, propio de las zonas rurales y, no de esa otra sociedad caracterizada por un individualismo, menos centrada en relaciones personales y sí más compuesta por individuos atomizados. ¿No es esta misma aureola de familiaridad y vecindad la que se observa en los siguientes versos de Colinas?

EN ESA ZONA EN QUE EL PINAR SE TALA

Poned el verde sobre el rojo
y el azul sobre el verde.
Poned el pinar cerrado y ardoroso
sobre la tierra como teñida de sangre.
Y el cielo, volcado
sobre el pinar.
Presentid, en el rústico altiplano,
que otro azul más azul, la mar, lo cerca todo.

Ésta es la verdadera realidad:
la de un espacio planetario, excelso,
que alguien está fundando todavía.
Así empezó la historia de los hombres:
en esa zona en el que el pinar se tala
y se ara la tierra, y se construye
una casa con los trozos de roca
junto al redil y el pozo,
y se planta un árbol en la puerta
que dará fruto y sombra,
y una pequeña viña

(suficiente para que con sus zumos
se adormezca la furia de la diosa Razón).

Y da fe de que todo está bien hecho,
el que el rebaño huya de tu lado,
cuando llegas, como de una fiera,
el que quien tala y ara
te señale allá arriba, entre dos montes,
el camino perdido que buscabas
y te ofrezca su agua con afecto,
aunque, como el rebaño,
huya de tus ideas, de tu mundo,
como de un apestado.

Cuando partes,
te pesa como plomo la cabeza
abrumada, hace tiempo, de inútiles lecciones.
Con la resina de los troncos muertos
gotea en el camino
tu soledad
civilizada.

(Colinas: 2011, p. 329-330).

…Y es que así empezó la historia de los hombres, asentándose en un espacio privilegiado donde la tierra permitía su cultivo, donde el agua sana estaba presente. Hubo que construir los hogares con los elementos de la naturaleza. De esta manera, empezó a trabajarse la tierra y a recolectarse los frutos. El hombre no olvidó el vino, como fuente de bailes y tranquilidad tras el descanso. También como elemento, digamos, dionisiaco para contraponer la potencia de la razón.

El mismo ambiente de sensibilidad y familiaridad, lo encontramos en más poemas de Colinas. A veces escribe desde su visión de hijo y otras, como padre "No vayáis más allá. / Que perdure este instante/ perfumado de muerte y de amor verdadero. / No atraveséis aún la frontera infinita" *(Colinas: 2011, p. 663)*. Como hijo, en la edad de la infancia, arropado en la cama por una enfermedad siempre fría; o como figura paterna "Nunca la vida fue tan exultante/ en cuerpo tan pequeño. / La savia de tu noble corazón/ arrastra con su fuerza invisible/ hasta la misma luz/ en llamas/

del pinar" *(Colinas: 2011, p.461)*, que abre caminos de naturalidad al desarrollo de unos hijos, aun cuando los huracanes vengan. Hijo y padre como elementos que son propios del ámbito familiar, pero, y aquí quiero resaltar este aspecto, ser miembro de la familia es formar parte del ciclo de la vida; ser padre es cumplir la promesa de la vida. Ser padre, o hijo, no solo es mantener una personalidad, sino también formar parte de un modo de vida que está más allá de la persona misma. Hablar del ciclo de la vida es ser partícipe de un mundo supra-personal. Y creemos que este aspecto quiere ser reflejado en la Filosofía poética de Colinas. Como hijo es observador del paso del tiempo y se interroga; mira al pasado y reconoce el amor incondicional y puro de unos padres hacia él. Mira atrás y ve que el paso del tiempo particular no es sino el paso del tiempo global, universal, cosmológico, en definitiva. Lo mismo sucede en el poema cuando, como padre, lanza un mensaje de amor y comprensión hacia sus hijos; pretende sutilmente "llamar la atención" sobre los suyos, sus vaivenes y las luchas naturales que van surgiendo con el trascurrir de la vida. No quiere ser padre arrogante y autoritario que imponga sobre los hijos un modo de ser; ni una sabiduría que reduzca libertades individuales. El padre, un padre, aconseja y deja hacer "Sólo quiero, por eso, / deciros lo que habréis de recordar: / recordad y salvad vuestra quietud" *(Colinas: 2011, p. 660)*, no haciendo otra cosa que advertir el paso del tiempo y subrayarles que la armonía no existe en la vida. Que la vida humana también es fluir- imagen del Presocrático Heráclito-, y a veces vienen mal dadas: ahí es donde hay que mantener la paciencia y el buen ánimo.

Por todo lo dicho, José Luis Puerto ha dado en el clavo al referirse a la obra poética de Colinas como "poética de la memoria".

> Si a vuestra vida un día llegase el huracán,
> si hoy llegó el huracán a vuestras vidas,
> respirad en su furia con quietud, hondamente,
> y esperad.
>
> *(Colinas: 2011, p. 661).*

Antonio Colinas actúa aquí, de nuevo, como un aristotélico, como un hombre prudente (la importante idea de *phrónesis* en Aristóteles, hombre virtuoso cuyo sentido de la mesura le viene avalado por la experiencia y el cálculo racional). ¿Por qué? Pues porque el hombre prudente de Aristóteles es un hombre bueno que actúa siguiendo el logos –el término medio–

según la virtud. Una vez que el ciudadano ha dejado de ser adolescente y posee cierta experiencia en la vida. Así creemos que actúa aquel padre que habla y se refiere a sus hijos "*aunque el huracán venga*". Como vemos, los "consejos" que el padre de este poema da a sus hijos, podrían ser consejos formales que cualquier padre podría dar a sus hijos. "Consejos formales" porque no comunican acciones concretas –materia– acerca de lo que se debe hacer. También se acuerda de su padre. "Padre: deja que pose ahora/ mis manos en tus manos" *(Colinas: 2011, p. 702)*. Un padre que se ha inmortalizado por sus buenas obras y capacidad de ofrecer en vida buen hacer y amor. De ahí que, aunque su cuerpo haya muerto, su obra como persona se extiende más allá de su fallecimiento, en los recuerdos de sus familiares, por ejemplo, en las ceremonias conducidas a recordar la dignidad del fallecido, recordando sus obras y testimonios. Así leemos estos versos del poema "Libro de Horas del amor rescatado".

> has vencido a la muerte.
> Y te diré por qué:
> tú trazaste estos símbolos y signos
> con amor.
> Era el humilde amor el que entramó
> tu vida en este libro,
> los signos (¿o son llamas?) de sus páginas.
>
> *(Colinas: 2011, pp. 702-703).*

Nueva muestra del vitalismo de sus poemas lo encontramos en su visión nada egocéntrica, y sí cercana a la importancia del hombre inmerso en su relación con la comunidad. Porque el poeta valora la necesidad de la persona sujeta a necesidades afectivas comunitarias. De esta manera, permite que la individualidad cobre sentido, alcance su significación y valor. El individuo deja de estar desarraigado de su comunidad que le da origen manteniéndose protegido. Es decir, nuevas pistas del aristotelismo que atraviesa la obra poética de nuestro poeta. Aún más, tal defensa de la comunidad quedaría absorbida en un círculo concéntrico más amplio: el universo, "Deja que, aunque no estés, / hoy vuelva a abrir las páginas del libro. / Y, con ello, las páginas del tiempo" *(Colinas: 2011, p.702)*.

7
SANACIÓN

En el poemario de Antonio Colinas "la sanación" es una temática con cuerpo propio. "Sanar", como vocablo procedente de salud, se opone a enfermedad y, sin duda, en muchos de sus poemas se recoge la idea de que la poesía es sanadora. Así también, podríamos decir que la realidad reflejada por él es una búsqueda incesante por encontrar vivencias salvífico-terapéuticas.

Centrémonos primeramente en la luz. Hablamos, por ejemplo, del filósofo Platón, como filósofo de la luz, porque la búsqueda incesante de las causas universales para comprender la auténtica realidad, pasan por realizar un proceso de catarsis o purificación: de las sombras a la luz. Recordamos en la época medieval la luz divina, o el siglo de las luces en la ilustración. Pero también la época del ocaso nos dirá Nietzsche, tras su visión crítica contra los valores decadentes de occidente. Colinas también es el poeta de la luz. Una luz simbólica, asociada al esplendor del conocimiento, a la luz sanadora. La luz está en cada vida, al igual que cada vida tiene su alma particular. Conocerse a sí mismo –*Conócete* decía el friso del Templo de Apolo–, contemplarse y hasta mimarse es proteger la luz de cada cual. Frente a la oscuridad de la vida, nuestra luz puede salvarnos.

Sócrates reconocía el oficio de su madre, partera, como un símil de extraordinario alcance para explicar el papel del filósofo: filosofar es un proceso dirigido desde la oscuridad interna, hacia la luz exterior, para regresar de nuevo en una circularidad incesante; desde la germinación en uno mismo hasta el proceso de parir, y de vuelta hacia uno mismo. Entre sus versos se respira esa misma concepción: en las artes, en la vida misma, proteger con mimo y paciencia nuestro brillo interior, para dar a luz (*mayéutica socrática*), de dentro a fuera. Con paciencia y humildad.

Siempre la luz nos llenará de gozo.

(Colinas: 2011, p. 460).

Cuando las mareas tienden a ahogar la vida de los hombres, la luz es el final del camino, el final del laberinto, el horizonte de esperanza. Luz como plenitud alcanzada en momentos concretos de la vida, que se trasladan en la memoria con el trascurrir del tiempo. Luz que supone esfuerzo, sudores vitales y aceptación de nuestra esencia trágica.

¡Cuánto dura la luz, cuánto dura la luz!
¡Qué júbilo más dulce en nuestras venas!

(Colinas: 2011, p. 476).

Saludable es la más de las veces un paisaje natural. En este sentido los elementos de la naturaleza juegan un soplo de aire fresco dentro de los pesares de la vida. El fuego, como el agua, tiene su propia música –música misericordiosa–, así como la nieve deja su silencio en los campos. El agua, como fuente o manantial o estanque "Me hundí luego en el agua del estanque" *(Colinas: 2014, p. 111)*, tiene un sentido medicinal, no solo biológico diríamos, sino también referido al espíritu, al conocimiento, "Llegamos a la fuente y a su estanque/ para saciar la sed de no saber" *(Colinas: 2011, p.652)*. El agua enciende el corazón cansado, *(Colinas: 2011, p. 511)*; "mas no puedo olvidarme de aquella agua/ que en un humilde bote me dabas cada tarde" *(Colinas: 2011, p. 291)*.

El paisaje y los elementos naturales que lo incluyen fortalecen la personalidad del poeta y dan a los poemas un aliento que sirve de empuje y fortaleza: "El fuego ahuyenta el dolor del mundo" *(Colinas: 2011, p. 346)*. El poeta echa el ancla donde mejor va a encontrarse y, como decimos, en este caso, bañándose de elementos naturales que le dan sentido. Así podemos leer los siguientes versos del poema, "Negrura del Ágora, pinos de Epidauro".

Aquí es la tierra quien desprende toda
la luz y pone fuego en el espacio.
Sacros bosques para el conocimiento.
Saludables, las almas se confunden
con el aroma intenso de los pinos.

(Colinas: 2011, p. 367).

La sanación de la que habla el poeta pasa por evitar la excesiva preocupación por nuestro "yo", o los "yoes" de esta época presente; es decir, los baños en el agua sanadora de los poemas, sus termas poéticas, pasan por arroparse de elementos naturales que posibilitan dar un sentido a la persona. Esto implica concebir al hombre como ser que no ocupa de manera aislada un lugar en el mundo. Que la subjetividad del hombre es partícipe de un todo, ofrece en la poesía de Colinas un aliento vital, un *pneuma*. Así lo atestiguan versos extraídos de las siguientes obras: *Los silencios de fuego, Preludios a una noche total* y *Noche más allá de la noche.*

> La plenitud del hondo, sereno respirar, /lo que nos unifica a nosotros y al mundo…, *(Colinas: 2011, p. 912)*; "Al fin, ser sólo esfera / de fuego musical", *(Colinas: 2011, p. 592)*. "Sobre un tronco caído estábamos sentados / mirando la hermosura de plenitud henchidos, *(Colinas: 2011, p. 79)*. Me he sentado a sentir cómo pasa en el cauce/ sombrío de mis venas toda la luz del mundo […] Pulmón el firmamento contenido en mi pecho, / que inspirando la luz va espirando la sombra, / que nos anuncia el día y desprende la noche, / que inspirando la vida va espirando la muerte […]. Ebriedad de sentirse invadido por algo / sin color ni sustancia, y verse derrotado/ en un mundo visible por esencia invisible, *(Colinas: 2011, p. 443)*.

Si por un aspecto se define toda la obra de nuestro poeta, es por su visión ontológica según la cual el hombre nace en un mundo ya instalado –lo cual no sugiere que el mundo esté clausurado o sea inmodificable-. El rechazo a la visión antropocentrista supone aceptar la afirmación, según la cual, el hombre es una realidad entre realidades que le superan y, a la cual se debe. Idea central que podemos observar en "Caballos y Molinos en el pinar", poema del que extraemos algunos versos.

> Contemplar un paisaje de vestigios antiguos
> que ocultan los zarzales, la montaña secreta;
> ascender al poblado en que el hombre no existe
> y mirar en lo alto tanta luz planetaria,
> la ceniza y la nieve, los caballos que abren,
> con sus cabezas nobles, en el pinar, la niebla
> que sube de los prados, una vida absoluta.
>
> *(Colinas: 2011, p. 300).*

O también, como ejemplo de tal trascendencia, ya desde su primer libro de poemas, “Junto al Lago”.

> También el aire muere entre los robles
> y en sus copas se extinguen, poco a poco,
> los silbos de los pájaros, la queja
> emocionada del ocaso rojo.
>
> *(Colinas: 2011, p.29).*

> La lluvia fría de los astros puros
> acaricia mi frente.
>
> *(Colinas: 2011, p.30).*

La *sanación natural* de la que hablamos, o dicho de otra manera, la búsqueda de elementos salvíficos en la naturaleza por parte de Colinas, la comprendemos también con otro elemento imprescindible en su

poemario, la montaña. La montaña ("piedra de sol inmensa", dirá Vicente Aleixandre) implica una ascensión, un gasto energético por el esfuerzo realizado, regalándonos una lección: solo lo que supone un esfuerzo y una tensión vital, tiene sana recompensa.

> Mas en la vida no hay
> ascenso sin descenso, no hay
> sabiduría sin la iniciación
> de abajarse.
>
> *(Colinas: 2014, p. 22).*

Una vez ascendida la montaña, se contempla un paisaje donde predomina la inmensidad de los fenómenos naturales. El hombre, se compara con la totalidad del colosal paisaje natural y se ve a sí mismo como un frágil y empequeñecido ser "Ascender y dejar atrás el mundo/ que cruje y que restalla con sus hielos, /abandonar heridas que aún sangran." *(Colinas: 2014, p. 19)*. Verse a sí mismo, situándose en un espacio relativo, le permite dar cuenta de su lugar en el mundo, como observamos en "Penumbras del Noroeste".

> Al fin, quedarse quieto en la cumbre
> y sentir que la carne ya no pesa.
> Abajo, laberintos del ser, esas luchas
> por todo y para nada.
> Arriba, solo luz.
>
> *(Colinas: 2011, p.721).*

Encontramos también un canto a la belleza natural "Previamente, ayudó Naturaleza / creando el más hermoso mirador / y el lago más en paz: / unidad de agua y tierra" *(Colinas: 2014, p. 21)*, inmaculada y virgen en los poemas de Colinas; belleza que permanece pese a los cambios, inmersa en sus propios tiempos geológicos y aislados de los atributos que componen la ciudad: ruido, tecnología, masificación… "la senda, el laberinto, los secretos/ que la ascensión (la prueba) / revelarán por siempre a los despiertos" *(Colinas: 2011, p. 910)*. Pero también hay un canto al respirar profundo, como aliento vital, *pneuma* en la cultura occidental, o *qi* entre la cultura oriental (así lo vemos en ciertos poemas como, "Postal para Oriente" y "Para olvidar el odio").

Y es que con ese fuego silencioso
se inflama y se propaga
el que llamaron *qi* vuestros remotos sabios:
el invisible espíritu;
ese que proporciona al mundo su energía,
amorosa energía en silencio de amor
que os salva
y que nos salva.

(Colinas: 2011, p. 741).

Respirar dulcemente la música que huye
a los prados remotos del firmamento, es todo
cuanto el hombre tendrá que conocer
para salvarse.

(Colinas: 2011, p.786).

Si bien los montes, cerros y colinas están ahí en el exterior, la mirada del hombre ante tales naturalezas supone una *predisposición* que, lejos de mantenerle pasivo y como considerando que la verdad está ya en las cosas, le invita a participar con los sentidos y entendimiento. También con unos valores de respeto y humildad ante el conjunto que le rodea, con una predisposición correcta, una observación correcta.

Sana el conocimiento, la reflexión, tanto por lo que está a nuestro alrededor como por el conocimiento interior nuestro. En este caso la sanación se vincula al entendimiento, a la razón y al decir, a la pausa y al silencio, al diálogo y la reflexión de uno consigo mismo. Antonio Colinas es un poeta de la interioridad, de entender que en esa dialéctica exterior e interior, el vacío del ámbito interior implica el vacío de la persona. La interioridad es el refugio del hombre, es su pensamiento, su infinita búsqueda de la verdad…, su luz. No hay luz que no deba ser cuidada como si fuera una semilla, con sus nutrientes y su clima. Como vemos, el conocimiento en su obra hay que distinguirlo drásticamente del término "información". "Conocer" tiene un sentido de implicación personal, de valor y pasión, de crecimiento, en definitiva. La información, empero, apela a un ámbito de exterioridad, de accidente circunstancial y, por tanto, de pasividad de la persona. La persona dejada de la mano de las informaciones, renuncia al recogimiento por excesivo plegarse a la novedad constante. Aquí debemos recordar el debate entre Sócrates y los sofistas: la educación y el conocimiento no puede proceder del exterior del individuo, como si

el saber pudiera estar presente en la persona sin implicación alguna de esta; al contrario, dirá Sócrates, el saber debe surgir de la interioridad de la persona, con orientación del maestro, pero "removiendo" a la persona que aprende, en toda su dimensión. Así leemos los siguientes versos de "El laberinto invisible" y "Tiempo y abismo".

> y esperar a que salte de nuestro interior
> el manantial que sana y que salva
> a los demás, al mundo y a nosotros.
> Un manantial que tiene un solo nombre:
> amor. *(Colinas: 2011, p. 913-914).*

> Esta vez sanaré para siempre,
> aunque ya no retorne,
> aunque el tiempo se acabe, *(Colinas: 2011, p. 719)*.

Tal sanación se relaciona con valores muy humanos, quizás al modo como en el *mito de Prometeo*, en la versión de Platón de su diálogo *Protágoras*,* se habla de la segunda naturaleza del hombre: meramente con fuego y capacidad técnica, el hombre no puede sobrepasar los límites de su animalidad. Así pues, es mediante la virtud de la justicia y aceptación de la ley como podemos alcanzar la plenitud, "¡Perennidad del arte, que apacigua/ y salva todavía a los seres humanos/ de ser fieras!" *(Colinas: 2014, p.18).* Siendo ahora las artes una especie de sanación para el hombre, una serenidad encontrada y necesaria; una segunda naturaleza que nos eleva de nuestra primera natural animalidad.

Fundamental nos parece comentar sucintamente el significado de *la idea de centro* en su poesía. ¿Qué simboliza el centro y qué tiene que ver con

---

* Pero como Epimeteo no era del todo sabio, gastó, sin darse cuenta, todas las facultades en los brutos. Pero quedaba aún sin equipar la especie humana y no sabía qué hacer. Hallándose en este trance, llega Prometeo para supervisar la distribución. Ve a todos los animales armoniosamente equipados y al hombre, en cambio, desnudo, sin calzado, sin abrigo e inerme. Y ya era inminente el día señalado por el destino en el que el hombre debía salir de la tierra a la luz. Ante la imposibilidad de encontrar un medio de salvación para el hombre, Prometeo roba a Hefesto y a Atenea la sabiduría de las artes junto con el fuego (ya que sin el fuego era imposible que aquélla fuese adquirida por nadie o resultase útil) y se la ofrece, así, como regalo al hombre. Con ella recibió el hombre la sabiduría para conservar su vida, pero no recibió la sabiduría política, porque estaba en poder de Zeus y a Prometeo […]. El hombre, una vez que participó de una porción divina, fue el único de los animales que, a causa de este parentesco divino, primeramente reconoció a los dioses y comenzó a erigir altares e imágenes de dioses. Platón, *Protágoras* 321d-322ª.

la sanación? El centro no es nuestra persona sin más, sino la consciencia de nuestra vida y el significado de esta en la realidad. Es una mirada a nuestro interior, que supone una disciplina, la de conocer y reconocerse en el conjunto de los ritmos de la vida. Un nuevo hombre parece emerger cuando echa la mirada al pasado y, tras épocas de desequilibrio y pesares, entiende mejor lo que fue, una vez reencontrado su centro, de sanación, en definitiva. El centro creemos que puede simbolizar junto con la piedra, el arraigo y robustez: todo a su alrededor gira y, la piedra, reconoce los movimientos y los absorbe. El centro es comprensión del lugar que uno ocupa, es percatarse del sino de la vida. Es "sentirse uno con el Todo y Todo con el Uno", como dirá José Enrique Martínez Fernández.

ÉGLOGA BÁRBARA

Entre el robledal con aullidos
y el pinar lleno de cantos melodiosos,
hoy ha caído derrotada mi vida.
Cuánto tiempo de ansiedades inútiles,
cuántas horas perdidas y oscuras,
cuántos sueños machacados
entre la razón y el corazón.

Y precisamente ahora
que me siento en el centro de un mundo,
ahora que es tan fácil vencer en las batallas
y que me rodea un amor infinito,
este viento áspero y bravo me derrota,
araña mi corazón con su perfume,
y al arañarlo lo desgarra, y sangra,
y al sangrar
purifica mi vida.

Cuánta sangre discurrió inútilmente
por mis venas
y qué tarde aprendí.
Así me lo recuerda esa fuente entre piedras
que al manar no remueve su buen agua sombría:
cristal sereno que refleja y aspira
mi dolor.
Pero caído, y herido, y derrotado,

hoy vuelvo a ofrecer mi vida a unos labios
distantes.
Este áspero viento de aullidos y de trinos
conducirá hasta esos labios
mis labios,
mi desesperación.

(Colinas: 2011, p.453-454).

O también,

Me he sentado en el centro del bosque a respirar

(Colinas: 2011, p. 443).

Antonio Colinas sigue en este sentido la tradición filosófica epicúrea debido a que la finalidad de las artes y de la filosofía consiste en la salvación personal, como medicina del alma. También es seguidor de la tradición órfica, haciendo de su poesía un manantial de inspiración, pues es una poesía de la naturaleza en la que respiramos el aroma de toda la humanidad. Una poesía en la que pueden leerse los versos más naturales, contemplativos y sanadores de "la nada plena".

8
PIEDRA

Las piedras, los ruiseñores, los hijos y los hijos de todos los padres ya estaban ahí, pero el poeta les confiere presencia queriendo acertar a través de la palabra lo que de suyo son. Leamos unos versos de *Regreso a Petavonium*.

Sólo quiero poner el oído en la piedra
para escuchar el sonido de la montaña
preñada de sueños seguros,
el latido de la pasión de los antiguos,
el murmullo de las colmenas sepultadas.

(Colinas: 2011, p.490).

Las piedras en la poesía de Antonio Colinas no son solo bultos que estorbaran o pasaran desapercibidos por su nimiedad en el conjunto de lo que nos rodea. Permanecen fijas como seres allende la vida humana. Necesitamos las piedras como un préstamo que hacemos de la naturaleza porque no son capricho creado por el hombre. "*Las piedras son los huesos del mundo*", dirá el filósofo Gustavo Bueno, sin dejar de señalar la idea de que las piedras no sirven para comer, pero sí para pensar.

toda la piedra de la ciudad se tornaba en carne
y toda la carne de nuestros cuerpos
se tornaba en piedra.

(Colinas: 2011, p. 479).

La piedra no es solo un cuerpo con extensión, ínfima en la realidad, pues el autor la eleva a categoría ontológica como símbolo, al destacar de ella su capacidad para responder a las preguntas que siempre están ahí en la curiosidad del hombre; para permitir también abrir interrogantes sobre nuestra esencia. La piedra sería algo así como el espejo donde el hombre debe mirarse. Si en él nos miramos, seríamos imagen de piedra y sabríamos lo que el hombre es en su esencia, es decir, su sentido y su lugar en el universo. No es posible que el hombre conozca su particularidad mirándose así mismo, puesto que es en la alteridad, en lo que el hombre no es, como mejor nos comprendemos. La piedra dejará entonces de ser observada según rasgos meramente cuantitativos, para pasar a ser un elemento centelleante de otras realidades que afectan a la vida. Acaso la piedra sea como una luz.

Resiste el paso del tiempo, a veces como testigo que dura más allá de los tiempos finitos de los hombres. Subsiste a nuestras generaciones, la piedra que es mimada para dar forma a una ermita o catedral "piedras de bibliotecas y de templos" *(Colinas: 2011, p. 276)*. "Blanda la piedra por el beso / con sabor a siglos. *(Colinas: 2011, p.203)*. Las piedras son un símbolo que quieren expresar un complejo de significados, de realidades intrínsecas a

ella. Así, es símbolo de solidez en el tiempo: frente a la temporalidad del hombre, ahí está su tiempo geológico, su atemporalidad "Blanda la piedra por el beso/ con sabor a siglos" *(Colinas: 2011, p. 203)*. Y he aquí un contraste curioso: nuestra fragilidad y dinamismo, frente a la robustez y estatismo de las piedras. Un contraste que quizás sea causa de asombro, pues la piedra tiene rasgos que bien pudieran ser envidia para la tambaleante vida de un hombre. Como testimonio de otros tiempos en los que los hombres no estuvimos, la piedra esconde algo que ignoramos, la materia que nos presenta una realidad que está oculta, impertérrita. Nos marca límites de lo que no somos, de lo que no podemos ser, a donde no podemos llegar...la inmensidad de la piedra, "Gira la masa enorme de la piedra entre astros" *(Colinas: 2011, p.379)*.

Frente al ruido conocido del hombre, el silencio misterioso de la piedra "Trae música el silencio de la piedra" *(Colinas: 2011, p. 203)*. Tocar esa piedra, escuchar su silencio nos arranca de nuestro existir consciente para trasladarnos a una temporalidad no humana, que pacifica y serena. Fuentes, túneles y puentes. Obras realizadas por el hombre, cuerpos realizados a la medida del hombre. Piedras en proporción, *logos*, resistiendo, con terquedad, el paso del tiempo:

> El paso del tiempo que quiebra la roca
> ¿qué no hará del dulcísimo amor?
> *(Colinas: 2011, p.256).*

> Dejadme dormir sobre la música en la piedra del monte, /pues ya sólo soy un nogal junto a una fuente ferrosa, / la vela que ilumina una bodega de mostos morados, / un trigal maduro rodeado de fuego, /una zarza que cruje de estrellas imposibles. *(Colinas: 2011, p. 491).*

> Deberíamos arrodillarnos lentamente esta noche. / Deberíamos poner la frente sobre la piedra, /los labios sobre el agua/ y callar. *(Colinas: 2011, p. 478).*

El hombre es naturaleza, por eso, no puede dejar de estar en contacto con realidades que no son humanas, pero que a la vez necesita y dicen algo de su ser; el hombre sufre o padece en la naturaleza, goza de sus paseos, cantos y trinos; fluye con sus ríos y asienta su actividad sobre una tierna piedra. Pero es que la piedra es un símbolo, por lo que reposar en

ella "¡y me adormece con tanta dulzura / sobre la piedra / fría!" *(Colinas: 2014, p.167)* quiere significar escuchar los sonidos de otros tiempos, escuchar el sonido más allá de la vida humana. Sentarse en la piedra, es acaso postrar el cuerpo en la seguridad que el mundo frágil de las personas no acostumbra. "Solo en la piedra hay eternidad" *(Colinas: 2011, p.379)*. Que el hombre sepa escuchar la musicalidad de los seres naturales, como la musicalidad de una humilde piedra, convierte al hombre en un ser completo y auténtico.

Símbolo de nuestra existencia, porque a veces nuestra vida es como un laberinto de piedras "Las rocas son mi carne. / Las piedras son mis lágrimas" *(Colinas: 2011, p. 857).* Símbolo también de la debilidad y enfermedad del ser del hombre pues, al nacer, una piedra nos golpea con brusquedad; nacemos y la dura luz, como una piedra, es como si nos golpeara en la cara; como si ese momento de ruptura fuera una bofetada existencial ¿un signo de nuestra pecado original, de nuestra naturaleza quebradiza como *ave herida*? que nos dejará por los años venideros un caer al otro lado de la vida, con nuestro respirar autónomo, con nuestros vacíos y miedos ya irrenunciables desde ese primer momento. Una luz cegadora que, sin embargo, es la agitación necesaria para que posteriormente podamos vivir. "Como si nos golpearan con una piedra en la cara." *(Colinas: 2011, p.380)*, símbolo del camino trágico y dramático que inicia el ser. A partir de entonces, el hombre estará formado de roca y de luz "se forman y deshacen quemados por el tiempo" *(Colinas: 2011, p.444).*

Piedras y rocas mansas, como el agua "Mansa es el agua y mansas las rocas" *(Colinas: 2011, p. 648)*. Pirámides de piedra que se elevan como testigos eternos que nos ven morir (curiosamente el oficio de cantero es uno de los más tradicionales, quizás el oficio más arcaico y "natural" que hay en la historia del hombre). Piedras que hoy son ruinas y nos evocan la imagen de otros tiempos y los nuevos alumbramientos.

El hombre mismo es un ser misterioso y, como tal, podemos encontrar espacios misteriosos en sus obras, en las piedras silenciosas y oscuras de una ermita, o en el claustro de una catedral; en una fuente o en la música.

> Cuando mis pasos cruzan las estancias vacías
> todo el templo resuena como una oscura cítara.
> Oh mármol, si pudieses hablar cuántos secretos
> podrías revelarnos. ¿Hubo sangre corriendo

sobre tu nieve dura? ¿Hubo besos y rosas
o sólo heridos pájaros debajo de las cúpulas?
(Colinas: 2011, p. 131).

Desde los tiempos primeros de la Filosofía, los pensadores se han acogido a "piedras ontológicas", para asirse en la seguridad, protegerse de lo efímero y pasajero:

El verso: esa luz
que aún es roca que vence a toda muerte.
(Colinas: 2011, p.707).

Buscando una ontología de lo eterno, una ontología más allá de lo humano. ¿No significará acaso buscar un arraigo más allá del fluir constante de Heráclito? ¿Cómo acercarnos a nuestro mundo que está expuesto al constante fluir, a los vaivenes del espacio y del tiempo, sino desde lo atemporal y formal? No es esta piedra un tótem; es una piedra que nos habla del tiempo, que permite con su inmensa masa trasladarnos a otros lugares, donde la existencia del hombre aún no era, es decir, una piedra que es testigo "de un más allá" temporal. Tampoco podemos entender esta piedra como un cuerpo indiferente, ya que reúne en sí dialécticas que la hacen genuina y única –no porque tengamos que rendirle culto, como decimos– prueba singular de que el hombre es el que pasa y la vida se mantiene. La dialéctica que acoge la piedra es ser vida y piedra al mismo tiempo; ser fuego y fría; dura y frágil… Estas aparentes contradicciones quieren recalcar la perseverancia de la vida, más allá del hombre, de ahí que sea la piedra un secreto para nosotros, un remanso de paz más allá de lo efímero. Y también, ¡por qué no!, una garantía de reposo y curación para un hombre frágil y cansado –como lo serían para un Platón y un Santo Tomás sus "piedras ontológicas"–, que observa en la gran piedra el ciclo mismo de la vida, "sentado sobre una roca que da paz" *(Colinas: 2011, p. 602)*. ¿No serán igual de duraderas que las piedras, los pensamientos filosóficos, las grandes obras de arte, esos versos transhistóricos que, como la *anámnesis* platónica, perduran más allá de las generaciones y solo nos queda recordarlos y trasmitirlos?

9
SILENCIO

Antonio Colinas reivindica el silencio como un modo de estar en el mundo. Con tal disposición del hombre, se subraya el ciclo de la vida, el que siempre ha estado presente, pero también, y quizás aquí esté el problema, el que se olvida. El poeta pareciera que quisiera educar al lector, en el sentido de mostrarle que es en el silencio donde puede alcanzar una mayor autenticidad en su vida; ya que el enriquecimiento de nuestra existencia está en reconocer que somos seres quebradizos y, es en la escucha de la naturaleza, cuando nos comprendemos mejor.

¿Por qué apelar al silencio cuando, según Aristóteles, es el hombre el ser que de forma exclusiva y en propiedad posee la capacidad de razonar mediante el lenguaje y, así distinguir lo justo de lo injusto? ¿Por qué nuestro poeta defiende el silencio, cuando es a través del lenguaje escrito como la Prehistoria de los hombres abre una puerta a la Historia? Advertimos que en la obra de Colinas hay muchos versos en los que se refiere al silencio, hasta el punto de considerarle como un poeta defensor del mismo. El silencio implica respeto; una ética del respeto y del cuidado es lo que se aprecia en su poesía.

El silencio sirve para dar luz cuando las palabras ya han llegado a su fin y han pasado a mejor vida, tras experiencias emocionalmente intensas para el hombre. Así como el lenguaje de la poesía surge allí cuando otros lenguajes ya han dado lo mejor de sí, el silencio urge siempre que el lenguaje es carencial para mostrar esencias necesarias de la realidad. El silencio trasmite un lenguaje universal, el lenguaje de los gestos, el lenguaje acaso del corazón, del "sobran las palabras". El silencio debe ser una oportunidad, quizás histórica, cuando el lenguaje ha llegado a su caducidad, a su ruina. Cuando el lenguaje ya se ha experimentado como

inútil, nace el silencio. Inevitablemente, solo podemos escuchar atentamente los sonidos de la naturaleza permaneciendo en silencio. ¿Es posible que las lenguas levanten fronteras y oposiciones ya conocidas y, como alternativa allende la historia, sea en el silencio donde la universalidad del espíritu humano prevalezca?

Se podría decir que, con *el símbolo del silencio*, quizás se quisiera frenar la idea de progreso y de la producción infinita que aturde con sus estruendos la vida misma; escándalos que subrayan la vida del hombre cuando cae en el desprecio a la naturaleza; o bien, cuando con tanta agitación, se olvidan los detalles de siempre, la sencillez que apacigua.

Un componente propio de la mística es el silencio: tanto la mística cristiana como la mística sufí, nos hablan del silencio como una necesaria relación de pureza frente a cualquier ruido que pueda distorsionar la relación del hombre con Dios. Pero la comunicación con Dios, de la que hablan los místicos, es una relación donada por la gracia de Dios y, por tanto, sobrenatural. Si bien Colinas nombra a místicos sufíes y mantiene una admiración hacia la poesía mística española, sin embargo cuando se refiere a la temática del silencio no habla de una relación sobrenatural, sino de una relación natural o capacidad del hombre para hacer uso del silencio. Por eso, no es ni quiere ser un místico, pero sí un poeta que reivindica el silencio como habilidad de los hombres para escuchar lo que de otro modo no se escucha. Para escuchar lo que se nos oculta ante el ruido del lenguaje o el sin fin de cacharros producidos por las personas.

Puesto que callar es escuchar, tendremos que preguntarnos, ¿qué podemos escuchar? La respuesta creo que es tajante: no son problemas de carácter técnico, sino misterios. Misterios que nos sobrepasan, que nos superan y que, por tanto, solo nos queda intuir en apertura hacia la totalidad que nos rodea.

MISTERIUM FASCINANS

Viene la noche hasta las piedras.
Viene la brisa oscura a acariciar el lomo
de las piedras.
Blanda la piedra por el beso
con sabor a siglos.

Piedra junto a la piedra van negando
el Caos, lo impenetrable.
Sube un rumor de piedras desde el río
y de la nieve escasa va llegando
a la mies
la voz o la dureza de la piedra.
Porque la noche, como piedra, rueda
aquí, donde gravita el corazón,
y el Cosmos calla a veces
para que la palabra se propague
como piedra infecunda.

Silencio, nos decimos, escuchemos
qué es lo que trae el aire:
y un silencio de piedra va y conmueve
los ramos de la noche, las zarzas de la noche,
los ojos con espanto o con luna del rebaño.
Un silencio que crece
y que materializa, en cúpulas y ojivas,
el sueño de los hombres.

Trae música el silencio de la piedra.

(Colinas: 2011, pág. 203).

El silencio no es ausencia total o negación, pues abre las puertas a una realidad que no somos, porque cuando hablamos del silencio, no nos dice el poeta que nos callemos por capricho, sino que silenciemos, debido a que solo así dejaremos hablar a esta otra realidad más allá del hombre. El silencio, de esta forma, propone e incita a preocuparnos por otras verdades no humanas y que nos hablan de nuestro origen "Verano pleno, pero sin cigarras. / ¿A dónde fuisteis, que no regresáis? / No tardéis más, pues con vuestro silencio/ nuestra vida se apaga". *(Colinas: 2011, pág. 826)*; "amorosa energía en silencio de amor / que os salva / y que nos salva" *(Colinas: 2011, pág. 741)*. ¿Por qué puede aludirse con otras realidades a nuestro origen? Quizás debido a que la música que debemos escuchar es la propia de la naturaleza, de siempre conocida pero hoy olvidada ("*remota orquesta*"); olvidada, como si la historia reciente de Occidente estuviera más preocupada por la emisión de la comunicación –de la mano del hombre–, y el poeta quisiera solicitar la recepción de los mensajes que nos llegan de una situación arcana. Olvido de los orígenes, porque el hombre no es *causa sui*, sino que tenemos un sentido de pertenencia al cual nos debemos.

En el autor que nos ocupa el silencio es una apertura al mundo, porque nos conecta con la vida en sus inicios. ¡Qué lejos queda aquí la frase de Terencio Africano y repetida por Séneca, "nada de lo humano me es ajeno"! Aquí, siguiendo a nuestro poeta, tendríamos que escribir en su lugar: soy hombre, y como tal me debo a la escucha de lo no humano.

El silencio abre el mundo
de otro día y tu sueño

prolonga la mañana
y los sueños del mundo.

(Colinas: 2011, pág. 335).

Esencial a la obra de María Zambrano será el silencio, como así lo recoge Colinas en su libro sobre la filósofa, «La verdad necesita de un gran vacío, de un silencio donde pueda aposentarse, sin que ninguna otra presencia se entremezcle con la suya, desfigurándola» *(Colinas: 2019, p.p., 146-147)*.

Así pues, silenciar es escuchar y escuchar es rendir homenaje a la humildad del hombre, porque supone hacer uso de una habilidad no exclusiva de unos pocos, como ocurre con la mística, propia de todos los hombres, recibir los sonidos de la naturaleza. Y entonces el hombre se convierte en un ser que comprende mejor su propia esencia y existencia, porque, alejado de los parámetros de medición propios de las ciencias positivas, reconoce que hay una realidad inabarcable, dotadora de sentido:

Desconozco el secreto
de esta felicidad
que mueve el aire,
de esta ebriedad
en ramas tiernas, en nidos ocultos.
Nos está hablando el árbol,
pero no comprendemos
la lección de sus ramas…

(Colinas: 2014, pág. 215).

si oyésemos rendidos el silencio,
el mundo sería al fin hoguera de lo manso.

(Colinas: 2011, pág.649).

Así, al escuchar lo que para María Zambrano sería un sentirse el hombre en la unidad sin escisión, “atrapa” de una manera completa y radical lo que la realidad es y el hombre también, como un ser más y no ajeno al conjunto de la realidad. No escuchar supondrá la abstracción genuinamente moderna de escindir al sujeto, de separar al hombre, como si fuera un ser exclusivo, un ego apartado.

FULGOR

Respira y calla, pues todo es silencio.
Que la palabra-piedra en brava roca
se estrelle; que en tu lago, tras la piedra,
las ondas se remansen, sea cielo
tu vida de otros cielos más distantes.

(Colinas: 2019, pág. 31).

10
Historia

La Historia es de los hombres y, como tal, la armonía brilla por su ausencia: muertes, luchas, guerras, hambrunas…. Pareciera que la Historia de los hombres se hubiera comportado según un modo dialéctico, lejos de la serenidad y la paz. Antonio Colinas se posiciona de forma muy crítica contra la Historia con mayúsculas. Esta es tratada peyorativamente, porque se considera que las evidencias sobre lo inhumano que ha sido el hombre desde tiempos inmemoriales son innumerables. El ataque contra la visión bélica de la Historia es palpable en muchos de sus poemas, donde podemos sentir el rechazo a la idea de progreso que supone entender así la Historia como un avance hacia etapas siempre mejores.

DEL VACÍO DEL MUNDO
I
RETRATO

De golpe has volcado en mi rostro tu obra,
has volcado en mi alma tus paisajes
para reconocerme, para reconocernos.
Brutal identidad la de estas gredas
sembradas por la Historia de muertos y de dioses:
huesos floridos, cenizal que queda
después de arder los bosques seculares,
entrañas entreabiertas de animales hambrientos,
amorosos crepúsculos violáceos de Segovia,
inmensas roeduras, aplastada miseria.

Llueve fuego o ceniza en las manos
de quien vive estos campos, o los sueña.

Para el hombre total fueron creados
los tesos calcinados, páramos con enormes
cicatrices o heridas mal cerradas.
Tanta luz cenital nos ha llevado
a sueños de cuchillos, a locuras, a sangres.
Congelación celeste, vacío planetario
en torno al respirar de unos labios cansados
que musitan un siglo y otro siglo:
«justicia, libertad, para que al fin un día
se haga Realidad el Sueño,
para que de una vez y para siempre
rompamos este espacio desalmado,
derribemos los muros del silencio y la luz».

(Colinas: 2011, p. 378).

Una Historia que engulle con su dureza y fiereza la ternura del hombre; el hombre, se comporta como un ser frágil, comunitario y ansioso de bienestar. Pero la Historia lo devora, con ese espíritu desalmado que no deja aceptar la idea del progreso como avance hacia un mundo mejor. Colinas alude a una serie de términos relacionadas con la Modernidad, "Justicia", "Libertad"; términos que aparecieron en su momento histórico como aspiraciones reivindicativas, como una meta a cumplir. Lucha y conflicto, vida y muerte, devenir. La Historia no será considerada como un saber positivo cuyos testimonios del pasado tengamos que adorar, más bien queda desmitificada; como si los poemas denunciaran su verdadera manera de obrar, arrancándole a la Historia sus máscaras. "¿Y la Historia qué es, qué supone la Historia? / La Historia sólo es ese pozo del huerto, /un pozo sin secretos, cegado, /con rebaños eternos, al final de un sendero" *(Colinas: 2011, pág.451)*. Pues la Historia se compone de elementos tales como: "las masas ingentes de personas", "la visión teleológica", "sangre"; relatos agónicos donde los hombres son meros medios que serán sepultados como olas por la fuerza irrefrenable del motor de la Historia. Violencia, sacrificios, amor y sangre. No hay cuidado del misterio en esa labor tecnificadora.

El poeta, como un observador contemplativo, da cuenta del sentir del universo. Leemos "En la luz": "¿Hacia dónde, si no es hacia luz, /nos conduce esta senda que enlosaron, / esta senda ignorante de la Historia, / que serpentea por los pedregales/ y asciende con sus cardos tan humanos?"

(Colinas: 2011, pág.644); preguntándose el autor por el sentido de la Historia, por su porqué y para qué, de forma escéptica, crítica e irónica: "¿cómo creer aún en las palabras, / tintas en sangre de la Historia?" *(Colinas: 2011, pág.654).*

No, no es fácil la vida del hombre. El mundo no es un estanque sereno donde la estabilidad y armonía destaquen y brillen "¡Oh, Dios, qué mundo, / qué carne torturada por la noche sin astros…" *(Colinas: 2011, pág. 457)*. Como una especie de río que no puede cesar y arrastra, zarandea, mata, ama, eleva y sepulta. Plantas, humanos, paisajes y animales, aquí no hay diferencias. Todos los seres participando de una misma sangre derramada. La Historia nos da pistas del presente y, al igual que el pasado no puede observarse de manera ingenua, tampoco el presente es el mejor de los mundos posibles. Prueba de esto es el poema "Meditación en el simposio".

Nadie mira hacia el cielo.
Nadie lee en la tierra.
Nadie escucha la agonía
del murmullo del agua en los manantiales.
Arden quinientos pozos de petróleo.
Otros vomitan de su negro vientre…
Esos pozos en llamas son la obra
vívida y trágica de este fin de siglo.
Con sus imágenes de fuego,
con sus metáforas de muerte,
ellos son el poema.

(Colinas: 2011, pág. 555).

En este poema la industria domina como síntoma de contaminación, que se vislumbra en pozos de petróleo ardiendo. Parece como si ciertos hombres impusieran su interés en lo más feo, lo más sucio, sin más preocupación que su beneficio. La imagen de la tecnociencia dominando las tierras y los cielos, como la gran tragedia del fin de siglo; tragedia que, parece traslucir el poema, deviene, tras el consumo del capitalismo tardío: donde todo es producción ilimitada, todo es gestión empresarial. Como contrapartida, la ocultación de lo verdaderamente importante que, pareciera, se encuentra en elementos naturales, lejos de la innovación del hombre, cercano a lo arcano atemporal ¿habrá existido alguna vez el edén prometido? ¿Acaso hubo un origen paradisíaco, hoy en vías de destrucción, en el que la Tierra y sus elementos eran vistos con delicadeza y sin pretensión de destrucción?

Podemos observar que en el poema hay una contraposición; por un lado, algunas invenciones históricas de los hombres, que son observadas como destructoras y reflejo de un pesimismo existencial; por otro, la realidad esencial, oculta –acaso eterna– que olvida la sacralidad del mundo, los cielos y la tierra, que son realidades ahistóricas y cuyo olvido supone la deriva vital del hombre.

A modo de epílogo

Delicada tarea la de poner unas palabras junto a las de una obra que se me ha dedicado, pero lo hago con gusto por las condiciones que confluyen en la misma.

En primer lugar, por su autor, Ramiro Guardia, profesor de filosofía y filósofo él mismo por la forma con que aborda sus lecturas (no me estoy refiriendo sólo a las de mis libros sino el conocimiento en general): con una afán abierto e interdisciplinar en el que mucho pesa el pensamiento, pero también la poesía.

Como he afirmado en algunas ocasiones, el poema ideal es aquel en el cual poesía y pensamiento se funden. Algo parecido sucede con los ensayos de Ramiro Guardia: se mantienen en la órbita del pensar, de la razón, pero a la vez se abren a otras formas de conocimiento. La poesía es una de ellas y autores como Valèry, Eliot, Pound, Heidegger o Zambrano así nos lo han demostrado antes.

Desde la objetividad, también me parece importante el estudio de Ramiro porque aborda su lectura e interpretación a través de los símbolos, y en concreto por medio de algunos de los más señalados de mi obra. En ellos ha rastreado y encontrado mi pensar y mi sentir esenciales; pero no sólo aproximándose a mi poesía sino también a mis libros de aforismos y de ensayo. De nuevo, la visión global que tiene este estudioso, tan cercano por cierto a nuestra tierra y que la vive como pocos. (Los *símbolos* nos desvelan el lenguaje de los misterios, dijo precisamente Zambrano, y en este ensayo así ha sido: el misterio de algunos aspectos de mi obra quedan esclarecidos.)

La labor de Ramiro ha sido también avanzada en las redes sociales y, en concreto, en aquellas que han estado cerca de la educación. Se funde así en él no sólo ese pensar fértil sino el sentido didáctico de su trabajo como enseñante y como estudioso. Bajo este punto de vista, este libro posee una

gran utilidad –por su claridad y hondura– tanto para la persona especializada como para los alumnos. Gracias pues a Ramiro Guardia por su atención generosa y oportuna hacia mi obra, que en este año señalado cumple los 50 de vida (1969–2019).

No quiero terminar sin agradecer a la Fundación Conrado Blanco el que haya patrocinado generosamente la edición de este libro para seguir sembrando así cultura desde nuestras *raíces*, no sólo en el campo de lo literario sino también en el muy destacable y necesario de la literatura infantil y de la historiografía en general.

Antonio Colinas
La Bañeza, mayo de 2019

Bibliografía básica

– COLINAS, A., *El sentido primero de la palabra poética*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1989.

– » *El viaje hacia el centro*, Calambur, Madrid, 1997.

– » *En la luz respirada*, Edición de José Enrique Martínez Fernández. Cátedra Letras Hispánicas, Madrid, 2004.

– » *Leyendo en las piedras*, Siruela, Madrid, 2006.

– » *Tres Tratados de Armonía*, Tusquets, Barcelona, 2010.

– » *Obra poética completa*, Siruela, Madrid, 2011.

– » *Canciones para una música silente*, Siruela, Madrid, 2014.

– » *La nieve en los ojos*, Colección Castillo Interior. Ayuntamiento de Ávila, Ávila, 2015.

– » *Memorias del Estanque,* Siruela, Madrid, 2016.

– » *Cerca de la Montaña KumGang*, Amarú, Salamanca, 2017.

– » *Sobre María Zambrano, Misterios encendidos*. Siruela, Madrid, 2019.

– » *La muerte de Armonía*, Diputación de Valladolid. Fundación Jorge Guillén. 2019.

Bibliografía complementaria

– ANTHROPOS, *Revista de Documentación Científica de la Cultura*, 1990, nº 105, Madrid.

– VV.AA, *El viaje hacia el centro*, Calambur, Madrid, 1997.

– Miguel Alonso, L., *Antonio Colinas, un clásico del S. XXI,* Universidad de León, 2000.

– Maraña, Félix, *Inventario de Antonio Colinas*, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Junta de CyL, Segovia, 2007.

– VV.AA., *Lumbres*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2016.

– López Castro, A., *El hilo del aire,* Universidad de León, León, 2017.

– Puerto, J.L., *Antonio Colinas. Por sendero invisible. Antología esencial,* Renacimiento, Sevilla, 2018.

– VV.AA., *Memoria, Verdad y Belleza: el universo poético de Antonio Colinas*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2018.

– Rodríguez, A., *La plenitud consciente. Entrevistas seleccionadas*, Verbum, Madrid, 2019.

Índice

Fundación 5

Prólogo. José Luis Puerto 7

Introducción 13

¿Qué hay en un verso de Antonio Colinas? 17

1 – Canes 21

2 – La finitud del hombre en la expresión “ave herida” 29

3 – Infancia 35

4 – Esperanza 43

5 – Desprendimiento 51

6 – Alteridad 59

7 – Sanación 65

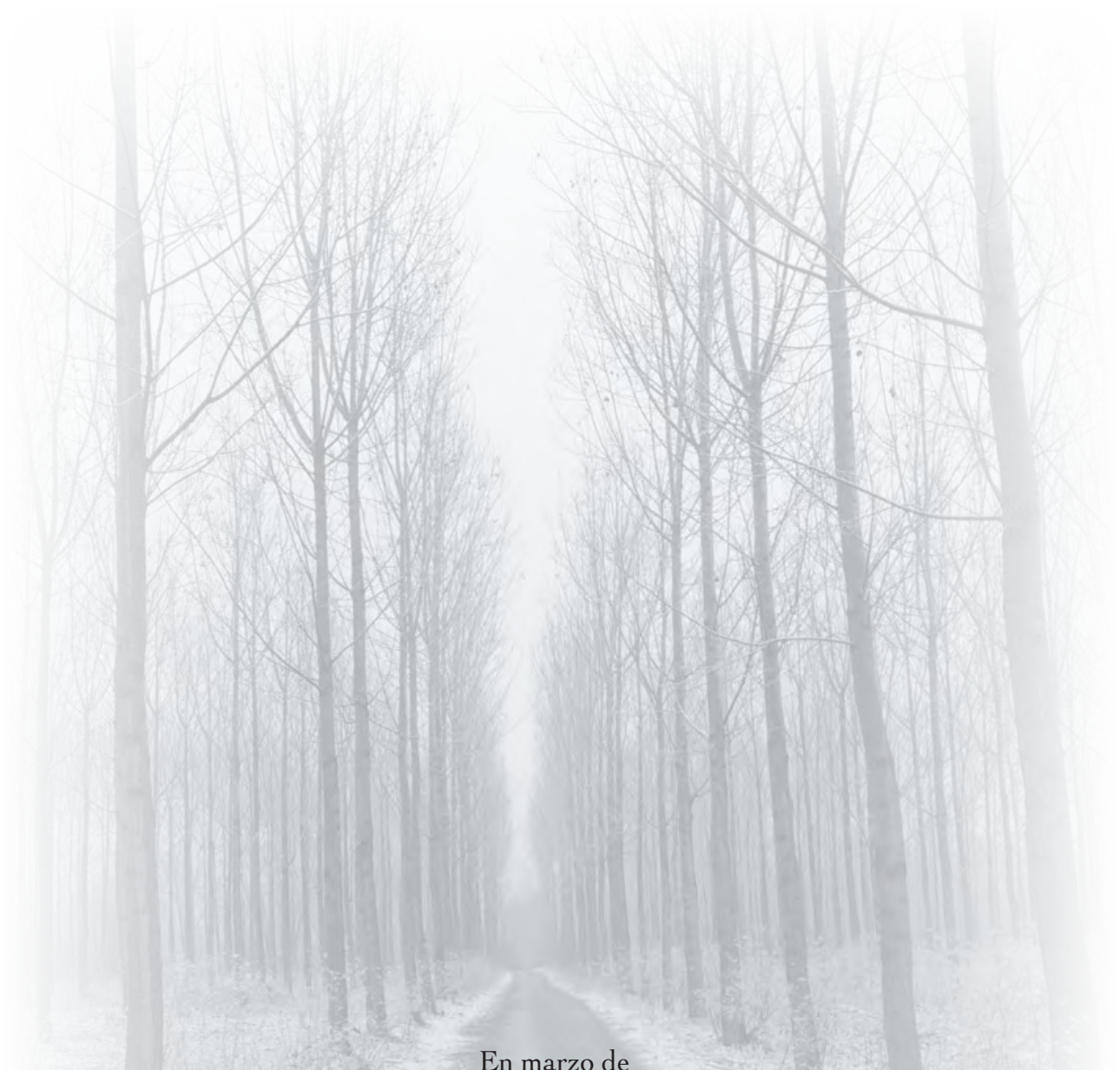
8 – Piedra 75

9 – Silencio 81

10 – Historia 87

A modo de epílogo. Antonio Colinas 91

Bibliografía básica 93



En marzo de
2019 Antonio Colinas
publicó *Sobre María Zambrano.*
Misterios encendidos y *La muerte de*
Armonía; en esta fecha, entra en imprenta
Más allá de la estética, terminándose de editar en
junio, cuando se cumplen 50 años de la primera publicación
de la dilatada obra del poeta bañezano.

RAMIRO
GUARDIA ESTESO
Madrid 1974

Tras finalizar la licenciatura de Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid, Ramiro Guardia emprende un viaje a las Islas Canarias donde comenzará su labor docente como profesor de Filosofía de Secundaria. Tras 14 años por las islas, aterrizará en León. Actualmente está impartiendo sus clases en Carrizo de la Ribera. Tras obtener el Diploma de Estudios Avanzados con la defensa del trabajo sobre el "Imperialismo", se encuentra actualmente realizando la tesis doctoral en Filosofía por la U.N.E.D., siguiendo la línea de investigación de "Estética y Teoría de las Artes", precisamente sobre la obra poética de Antonio Colinas. Será a partir de un Seminario realizado sobre nuestro poeta en el I.E.S. Ornia, como Ramiro se adentrará en las profundidades del poeta bañezano, ya como un camino infinito y sin retorno. Prueba de esto que decimos, es este breve libro, que quizás sirva como introducción al estudio extenso y profundo que significará la preparación de su tesis doctoral.

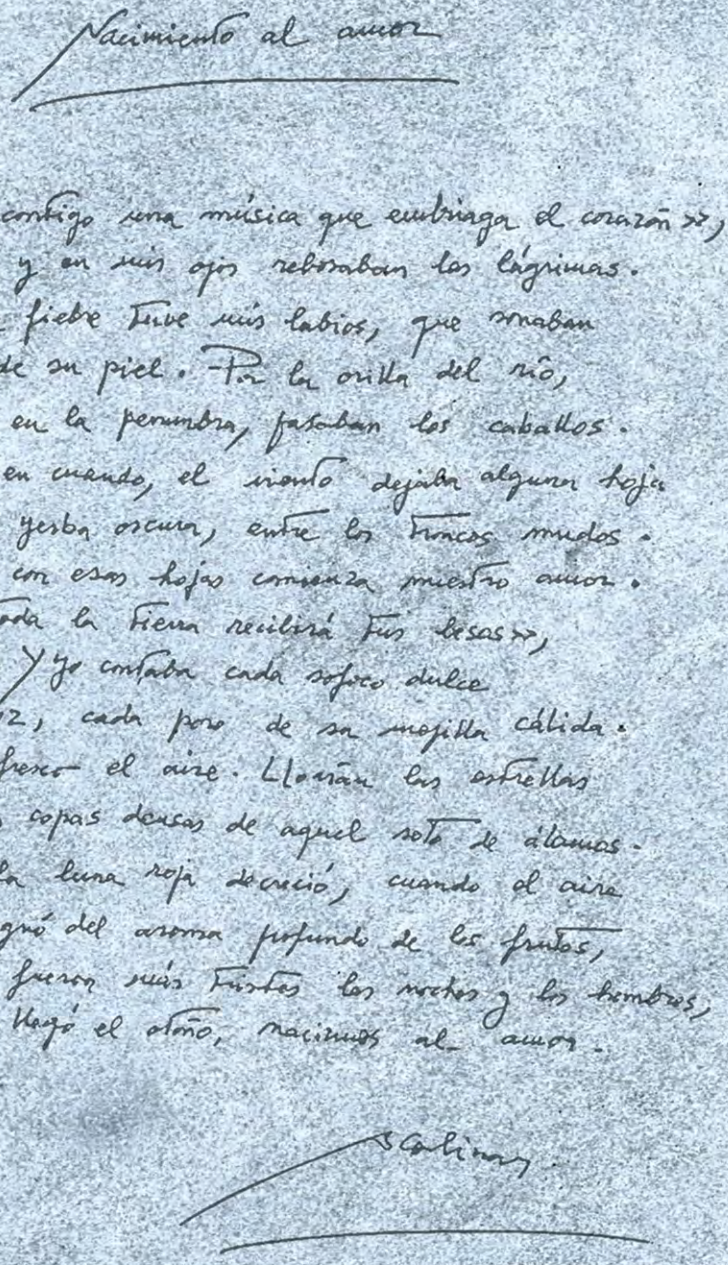
En 1982 Conrado Blanco inicia sus publicaciones con *Un viaje al oriente de Asturias*, a la que seguirán los 10 volúmenes de capiteles para la historia bañezana, *Melindres*, *Conradosías*, *El Jaleo*, *El recuerdo*, el proyecto *Charín*, con antología y revista anuales, *Fray Segismundo de Santibáñez*, *Evocación al canto coral*, *Luz en la memoria*, *El pescador de estrellas*, *Atrapar lo efímero*, *Napoleón en La Bañeza*, *Un carro chillón y algo más...*

Ahora, la Fundación continúa la labor cultural y creadora dando luz a nuevas publicaciones: *25 años de poesía*, *Palacios de la Valduerna*, *La virgen del Castro*, *Conrado corazón y mecenazgo*, *La Santa Regla de la Cofradía de las Angustias*, *Tradiciones orales I y II*, *El convento de Carmelitas descalzos*, *Villamontán de la Valduerna*, *Quintana y Congosto*, *El maestro Alonso y la música de su tiempo* y *El albergue-escuela de La Bañeza*; cumpliendo así el deseo del fundador Y los objetivos marcados en los estatutos.

La Bañeza tiene el honor de contar con el más grande y reconocido poeta de la actualidad.

Esto nos alegra, y le deseamos una larga y fructífera vida para continuar su labor creativa. La Fundación Conrado Blanco admira su persona y su obra y manifiesta ese reconocimiento por medio de esta obra de Ramiro Guardia, al que agradecemos que se haya puesto en contacto con nosotros para la publicación del profundo y reflexivo estudio realizado sobre la poética de Antonio Colinas. Publicación que deseamos, además, sea un sincero homenaje al poeta que vive, siente y ama a su tierra desde que sus ojos "atisbaron la luz por vez primera".

Luisa Arias González



9 788494 900266